

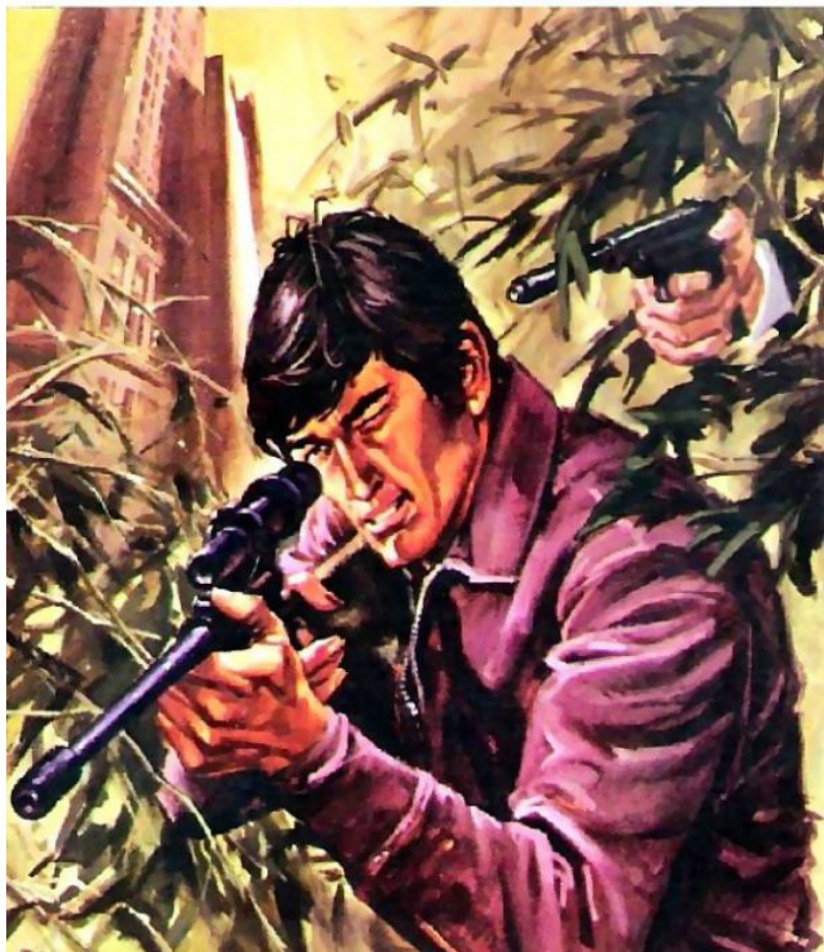
BOLSILIBROS BRUCUERA



SERVICIO SECRETO

funeral por un mercenario

burton hare



SS

SERVICIO SECRETO



BURTON HARE

FUNERAL POR UN MERCENARIO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.301

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 20.304 - 1975
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: julio, 1975

© Burton Hare - 1975
Texto

© Miguel García - 1975
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

El recepcionista del hotel levantó la mirada y vio al hombre alto plantado allí como si hubiera brotado de la tierra.

El hombre era, además de alto, fuerte y de aspecto muy rudo. Un auténtico atleta, sólo que endurecido en un deporte que no se enseña precisamente en las escuelas ni los estadios.

El hombre alto sacó algo de un bolsillo. Lo dejó sobre el mostrador y dijo con voz seca:

—Busco a ese individuo. Debe alojarse aquí, aunque ignoro con qué nombre. Usted me lo dirá.

El recepcionista tragó saliva con dificultad. Miró la fotografía. Volvió a pelear con aquella especie de pelota que se había aposentado en su garganta y balbució:

—Este caballero ya no se aloja en el hotel, señor.

—Ese fulano nunca fue un caballero. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Lo ignoro, señor. Sólo permaneció tres días entre nosotros.

—Va a permanecer muchos menos entre los vivos. ¿Adónde se dirigió cuando salió del hotel?

—Le repito que no lo sé. Sólo liquidó su cuenta y se marchó, eso fue todo.

—¿Cuándo?

El hombre respiró hondo.

—Hace una semana, señor. Eso es; hace siete días.

Por los ojos fulgurantes del hombre alto pasó como una llama.

Disparó el brazo derecho y sus dedos duros como el acero atraparon las solapas del hermoso uniforme del recepcionista. Tiraron de él y el pobre hombre acabó tendido sobre el mostrador, pataleando.

—Estás mintiendo —dijo el forastero con voz que semejaba el chirrido de una sierra—. Dime la verdad o habrán de organizar un hermoso funeral en tu honor. ¿Cuándo se marchó esa rata?

—¡Suélteme!

—Sólo cuando hables.

—¡Hace dos días...!

—¿Y cuándo llegó?

—Sólo estuvo aquí dos días...

—Eso está mejor.

Le soltó y el empleado del hotel se dio mucha prisa al retroceder para quedar fuera del alcance de aquel salvaje.

—Voy a llamar a la policía si no se marcha inmediatamente, señor —advirtió con voz temblona.

—Juzgando por las noticias que tengo de este país, la policía tiene muchísimo trabajo en otros asuntos para ocuparse de un turista... ¿Con qué nombre se inscribió aquí tu amigo?

—¡No es mi amigo! —protestó el hombre—. Fue un huésped como cualquier otro.

—¿Qué nombre dio ese huésped?

—Buck Kramer.

Ahora el gigante pareció verdaderamente sorprendido.

—¿Kramer? —Gruñó—. Eso sí que es sorprendente.

El recepcionista temió que su físico resultara con desperfectos y casi gritó:

—¡Estoy diciéndole la verdad, puedo mostrarle el registro si quiere!

—Olvidalo. De modo que Buck Kramer. Su verdadero nombre. No lo entiendo.

—Y ahora, señor, márchese... Éste es un hotel respetable y...

—El mejor de la ciudad según mis noticias.

—De todo el país, señor.

—Excelente. Me quedo solo para comprobarlo.

El recepcionista casi se ahogó.

—¡Se... se queda...! —jadeó.

—Tengo el equipaje en el taxi que me ha traído desde el aeropuerto. Mande a alguien a recogerlo y pague el taxi al mismo tiempo. Quiero una buena habitación con vistas al lago y con baño completo.

—Muy bien, señor... ¿Va a quedarse mucho tiempo?

El pobre hombre sentía que le temblaban las piernas.

—Depende...

—¿De qué, señor?

—Del tiempo que tarde en enviar al infierno a tu amigo Kramer. Vamos, ¿no hay empleados suficientes para traer el equipaje y mostrarme la habitación?

—Sí... este... claro que sí, señor...

Empezó a aporrear un timbre y de pronto brotaron botones por todas partes.

Hubo un intercambio de frenéticas frases en español. Luego, dos de los botones salieron zumbando en busca de las maletas y otro tomó la llave que mostraba el recepcionista y señaló la amplia escalinata que había al fondo del fresco vestíbulo.

La habitación era realmente espaciosa, con un refinado lujo en todos sus detalles.

Una amplia terraza sombreada por plantas tropicales que crecían en grandes jardineras, se abría hacia el lago en cuyas aguas el sol poniente arrancaba destellos rojizos.

El recién llegado dio un par de dólares a los botones y éstos se retiraron cerrando la puerta.

Una mueca cruzó su rostro tostado por el sol. Sin ninguna duda el empleado de recepción no le olvidaría en mucho tiempo. Le había alterado tanto que ni siquiera le había preguntado el nombre.

Se metió en la ducha y cambió las ropas del viaje por otras más acordes con el clima local. También, si uno se detenía a pensarlo, podía considerar adecuado al clima la pistola automática que enfundó sobre el costado izquierdo. Con la camisa veraniega colgando fuera de los pantalones, la poderosa arma quedaba disimulada.

Anochece cuando descendió al vestíbulo.

El conserje parecía haber asimilado el susto anterior y le llamó respetuosamente.

—Lamento molestarle, señor, pero olvidó firmar el registro...

—Más bien lo olvidó usted...

Firmó donde el otro le indicaba y se largó.

Cuando hubo salido, el empleado leyó el nombre: John Casey.

Pareció un tanto sorprendido, porque no era ése el nombre que había esperado ver.

De modo que descolgó el teléfono, marcó un número y cuando le respondieron dijo con voz susurrante:

—¡Aquí el hotel, señor! El hombre que usted dijo acaba de llegar... Por lo menos, la descripción coincide... aunque se ha inscrito como John Casey... Desde luego. La *suite número once*. ¿Cómo?... *Sí, sí, se trata del mismo, estoy seguro*.

Colgó; se frotó las manos porque esa llamada le significaba cien dólares americanos en su cuenta, y luego, olvidándose del inglés con que había hablado, volvió a descolgar el teléfono y disco el número de la policía, con la cual habló rápidamente en castellano.

Está llamada no le significaba ni un céntimo, pero de no efectuarla podía costarle muy caro.

Así que cuando colgó el aparato se sentía satisfecho consigo mismo y en paz con el mundo entero.

Excepto, quizá, con el rudo forastero que había estado a punto de aplastarlo contra el mostrador.

John Casey regresó a medianoche. El empleado de recepción era otro. Le entregó su llave con gesto inexpresivo, aunque le siguió con la mirada cuando se dirigía a las escaleras.

El corpulento americano abrió la puerta de su cuarto, encendió la luz y entró.

Instintivamente, miró en torno con ojos chispeantes.

Cerró la puerta suavemente. Empezó a silbar muy quedo y se encaminó al dormitorio.

Entonces se abrió la puerta del cuarto de baño y un hombre armado de un revólver apareció. Tenía una voz que machacaba el inglés como si quisiera hacer gárgaras.

—¡No se mueva, Casey! —ordenó balanceando el revólver.

El aludido se volvió. Había una leve sonrisa en su cara.

—Yo creí que estaba esperándome en el dormitorio —comentó.

—¿De veras?

—Seguro. Yo no fumé ningún cigarrillo cuando estuve aquí, y ahora el aire huele a tabaco.

—Entiendo. Pero también en el dormitorio le esperaban...

Otro individuo surgió por la puerta cercana a dónde estaba John Casey.

—Vaya, he tropezado con profesionales esta vez.

—Somos muy buenos en nuestro trabajo.

—Ya lo veo. ¿Cuál es el siguiente movimiento?

El que había aparecido por el dormitorio enseñó unos, dientes

negros y caridosos en una mueca de lobo. Su mano apareció procedente del bolsillo y una afilada navaja relampagueó a la luz.

—Es muy fácil, señor... Usted se muere y nosotros nos vamos.

—De modo que es así como Kramer quiere jugar esta partida...

—El señor Kramer le envía sus saludos.

El del cuchillo rió y se tiró a fondo.

El arma pasó a media pulgada del cuello de Casey cuando éste esquivó con la velocidad de una serpiente. Luego, su enorme manaza atrapó al asesino, le retorció el brazo salvajemente y se oyó el chasquido de los huesos al quebrarse.

El tipo emitió un aullido. Casey le obligó a dar la vuelta con un tremendo tirón a su brazo roto. Por poco no se lo arrancó.

Siguió chillando mientras el del revólver intentaba encontrar una línea de tiro en la cual no atravesara a su compinche.

Casey gruñó:

—Suelta el revólver o tu compañero lo va a pasar mal... ¡Suéltalo, idiota, y nadie morirá!

Pero el otro no obedeció. Ladeándose para herir a Casey de costado, disparó.

La bala se enterró en el cuerpo del frustrado asesino que entre las manos del americano parecía un juguete.

Dejó de gritar cuando el plomo se enterró en su carne. El otro barbotó una maldición.

John Casey giró vertiginosamente sobre sus pies. Cuando completaba la vuelta soltó el cuerpo inerte y éste salió volando como disparado por una catapulta estrellándose contra el del revólver y lanzándolo contra la pared.

El batacazo que se pegó hizo estremecer hasta las lámparas, pero no soltó su arma. Por entre la bruma del aturdimiento buscó de nuevo a su adversario para clavarle una bala.

Entonces, Casey le pateó la cara y su cabeza sonó a cascajo al rebotar contra el muro. Disparó por inercia y la bala convirtió en polvo una rica lámpara de sobremesa.

Casey le atrapó con sus zarpas, levantándolo en vilo, tomó impulso y soltándolo lo tiró hacia la amplia terraza.

Calculó mal el impulso. El hombre planeó dando tumbos, se estrelló de costado contra la baranda y desapareció en la oscuridad. Un instante después Casey pudo oír el sordo impacto del cuerpo

sobre las piedras del jardín.

Disgustado, fue a echar un vistazo. El pistolero yacía en una posición absurda, estrellado contra unas rocas decorativas, junto a un parterre donde chispeaban las flores de llamativos colores.

Volvió atrás en el instante en que alguien aporreaba la puerta.

Abrió y se encontró ante el empleado de recepción, dos botones de elegante uniforme, y un grupo de huéspedes en pijama un poco más atrás.

No les dio tiempo a que formularsen preguntas.

—Había dos ladrones aquí y trataron de asaltarme. Llamen a la policía. Uno ha caído por la terraza y el otro está arruinando la alfombra.

Cerró de un portazo, se quitó la pistola y la funda y la escondió en el fondo de una maleta.

Luego, encendió un cigarrillo y esperó.

CAPÍTULO II

El capitán Zumeta era un hombre alto, delgado, impecable dentro de su uniforme policial. Los botones brillaban como doblones de oro, y su rostro afeitado y de ojos risueños era el de alguien muy satisfecho de la vida y de sí mismo.

—Los dos eran bien conocidos de la policía, míster Casey. Ha sido lamentable que le eligieran a usted para hacerle víctima de sus fechorías.

—Yo diría que fue lamentable para ellos...

—Me refería a las molestias que le han causado.

—Bien, digamos que han estado a punto a amargarme la noche.

—Creo recordar que uno de ellos salió del penal hace pocos días... Carne de presidio. Despreciables. Nos indigna mucho que molesten a los turistas americanos, míster Casey.

—Olvídelo. No por eso voy a marcharme del país. Lo que debe ser lamentable es que estas ratas les hagan perder a ustedes un tiempo que deben necesitar para otros quehaceres más importantes.

El capitán Zumeta achicó los ojos.

—¿A qué trabajos se refiere?

—Bueno, lo que se oye en todas partes... Represión de los guerrilleros, terroristas y enemigos del régimen, ya sabe.

—Ése es cometido de la Brigada Especial. Los policías nos ocupamos de los delitos que van contra la ley, lo mismo en nuestro país que en el suyo.

—Salvando las distancias... Pero le comprendo perfectamente, capitán.

—Sin embargo, no deja de ser sorprendente que esos dos hijos de una zorra cayeran sobre usted apenas llegado. Cualquiera pensaría que no se trataba de un simple robo.

—Ellos querían dinero, pero perdieron la cabeza cuando me resistí.

Zumeta le miró especulativamente. Sonrió mostrando sus blanquísimos dientes y dijo:

—Desde luego, eso debió suceder. Míster Casey, le deseo una feliz estancia entre nosotros.

Los policías se fueron una vez retirados los cadáveres.

El encargado de recepción llamó apenas un minuto después y entró con otra llave.

—Pensé que le gustaría cambiar de habitación, señor Casey...

—¿Cambiar? Ésta me parece muy cómoda.

—Pero después de lo sucedido, con toda esa sangre...

—Ordene que se lleven la alfombra. El resto podrán limpiarlo por la mañana. He visto mucha más sangre a lo largo de mi vida para que esta de ahora me quite el sueño.

—Muy bien, señor.

Unos minutos después, un par de botones se llevaron la alfombra que la sangre había arruinado. John Casey cerró la puerta con llave y luego apalancó una silla bajo el tirador.

Hizo lo mismo con las puertas de la terraza y tras esto se acostó.

Casi amanecía cuando logró conciliar el sueño.

Salió de la ducha y ordenó que le sirvieran el desayuno en la *suite*.

Fue un excelente desayuno que contribuyó a que el día se le antojara más luminoso de lo que era en realidad.

Fumó un par de cigarrillos mientras reflexionaba. Cuando aplastó la colilla del segundo descolgó el teléfono y habló con el encargado de recepción.

Esperó unos minutos y al fin llamaron a la puerta.

El recepcionista que le recibiera cuando llegó, entró y cerró la puerta a sus espaldas.

—Estoy a su disposición, señor —dijo, poco seguro de su voz.

—Nunca en tu vida has dicho una verdad tan grande como ésta. ¿Te has enterado de lo que pasó aquí, anoche?

—Sí, señor. Muy lamentable sin duda, señor.

—Más vas a lamentarlo todavía.

El hombre dio un paso atrás.

—No comprendo...

—Aquellos dos piratas no entraron aquí a robar. Vinieron para dibujarme filigranas en la barriga con un cuchillo, enviados por el

amigo Kramer. ¿Me sigues, pajarraco?

El pobre hombre boqueó pero no pudo pronunciar una palabra, de modo que Casey prosiguió:

—Buck Kramer es una rata que apesta, pero aún no ha conseguido poderes mágicos. No es adivino, no lee los astros porque apenas si sabe deletrear su propio nombre. Sin embargo, supo al instante que yo me alojaba en este hotel, y hasta el número de mi suite. *¿Cómo te parece a ti que pudo saberlo tan pronto?*

—No... no lo sé, señor...

—¿De veras no lo sabes?

—Tal vez... este... quizá tenía vigilado el hotel y le vio llegar. ¡Seguro, señor! Eso debió suceder.

Casey volteó la mano y la bofetada restalló con el ruido de un latigazo en la cara del recepcionista.

El hombre perdió contacto con el suelo, se estrelló contra el diván, dio una voltereta y aterrizó al otro lado dando tumbos.

Casey le siguió sin prisas, de modo que cuando empezaba a levantarse, apoyándose en manos y rodillas, le disparó un puntapié en las posaderas y de nuevo cruzó el cuarto deslizándose sobre la barriga.

Se quedó acurrucado junto a la pared, quejándose con voz ahogada.

—Sólo pudo saberlo de una manera, alma de cántaro. Tú le llamaste. Debí dejarte instrucciones cuando se fue... Instrucciones y algún dinero, claro está. Pero sólo tú pudiste avisarle tan pronto. ¿Le llamaste por teléfono?

El desgraciado levantó la mirada. Sus ojos estaban húmedos. A Casey se le antojaron los ojos de un perro al que alguien ha apaleado injustamente.

—¿Fue por teléfono? —insistió—. No quisiera tener que arrancarte algún pedazo, pero si me obligas lo haré. Aprendí algunas cosas en África para soltar la lengua a los mudos. Recuerdo una ocasión, en Biafra...

—¡Fue por teléfono! Él me dejó un número... para que le llamara si aparecía usted.

—¡Ajá, eso está mucho mejor! ¿No te dio también una dirección?

—¡No, no, sólo un número de teléfono!

—¡Bueno, levántate! No tienes buena cara, ¿sabes? Habrás de componer tu aspecto para volver al mostrador. Ahora veamos ese teléfono... Ten cuidado ahora, no vayas a confundirte y me des un número equivocado.

Tras una ligera vacilación, el conserje hipó, sacó una cartera del bolsillo y de ella un pequeño trozo de papel.

—Él mismo lo anotó —dijo, temblando.

Casey echó un vistazo a los números. Sin ninguna duda habían sido escritos por alguien que era casi analfabeto. Kramer sin la menor duda.

—Muy bien, ya puedes volver a tu trabajo. Supongo que te aprendiste ese número de memoria...

—No... no señor...

—Poco importa. Sólo recuerda una cosa, querido amigo. Si cuando salgas de aquí le llamas para prevenirle, ni los perros aprovecharán lo que quede de ti.

Cuando quedó solo, Casey revolvió en su maleta grande. Un misterioso doble fondo se abrió bajo sus dedos y despreciando esta vez la gran pistola automática eligió un par de artículos un tanto sorprendentes, porque uno de ellos era un paquete de cigarrillos americanos casi vacío, y el otro un cuchillo automático que cuando pulsó el resorte lanzó fuera de la empuñadura una hoja de afilado acero capaz de atravesar una plancha de hierro, debidamente manejada.

John Casey estaba seguro de que, manejándola, nadie tenía nada que enseñarle.

CAPÍTULO III

En Estados Unidos, un número de teléfono de poco le hubiera servido para localizar la dirección del mismo. Pero en ese país semi tropical, caribeño y apasionado le bastó una pequeña historia romántica para que la encargada de las telefonistas soltara una risita y le diera una dirección:

Avenida del Libertador, 242.

La avenida era amplia, magnífica, con árboles a ambos lados sombreando las aceras. Ubicada en el corazón del distrito más exclusivo de la capital, era fama de que en él solo vivían diplomáticos, grandes latifundistas, banqueros, capitalistas norteamericanos que controlaban de cerca sus inversiones en el país, y los altos gerifaltes del régimen que gobernaba con mano de hierro al resto de ciudadanos que no habitaban en el distrito.

John Casey despidió el taxi y paseó con calma por los alrededores de la dirección que buscaba, dibujando mentalmente un mapa de la zona.

El sol ardía con llameante violencia, pero bajo la; sombra de los árboles las aceras eran un oasis de sombra y tibieza. Un buen lugar para vivir, pensó.

Y para morir.

Aunque para morir cualquier lugar es bueno...

La casa señalada con el número doscientos cuarenta y dos era un *bungalow* grande y lujoso. El jardín que lo rodeaba estaba formado por un gran prado de césped y algunos arriates de flores, más unas gráciles palmeras tropicales de palmas lánguidas e inmóviles. No había cerca alguna, como no las había en ninguna de las propiedades vecinas.

Un ancho paseo de cemento conducía directamente al garaje, cerrado cuando él pasó por delante la primera vez.

Siguió caminando hasta doblar la esquina, de modo que unos

minutos después estaba en la parte posterior del *bungalow*. Vio a una mujer gorda cortando flores en un jardín próximo. A unos niños chillando y revolcándose en el césped de otra casa y a un hombre anciano paseando un perro más allá del número que le interesaba.

Esperó a que el hombre desapareciera de su vista antes de atravesar el jardín y pegarse a la pared del *bungalow*.

Escuchó atentamente. Parecía estar deshabitado porque no pudo captar ni un rumor en la casa. Tanteó una puerta y ésta se abrió sin dificultad.

Casey contuvo el aliento. Demasiado fácil todo aquello.

No obstante, entró y volvió a cerrar en silencio. Se encontró en un anexo de la cocina. Había un pasillo y lo siguió cautelosamente hasta una estancia espaciosa, cómoda, equipada con un inmenso diván, grandes butacas, estanterías con libros, lámparas de moderna factura y un par de mesitas estratégicamente distribuidas.

Buck Kramer estaba sentado en una de las butacas y sonrió con sus labios delgados y crueles.

—Sabía que vendrías, Ken —dijo, satisfecho.

—Yo también supuse que lo sabías.

Kramer era un individuo achaparrado, de grandes hombros y aspecto amazacotado, duro y peligroso.

—*Creo* que es inútil advertirte de que tienes una pistola apuntada a tu barriga, muchacho —dijo risueño—. Un solo movimiento y te mueres.

—Cuando vuelva al hotel habré de arrancarle las orejas al conserje... Le advertí que no te avisara.

—La gente hace cualquier cosa por dinero en estos tiempos, eso ya lo sabes tú mejor que nadie. Pero me parece que no podrás volver al hotel, Ken. ¿O prefieres que siga llamándote John Casey? A mí tanto me da.

La mano derecha de Kramer se alzó, mostrando la pistola automática equipada con un largo silenciador.

—Siéntate, muchacho.

—Estoy bien de pie.

Hundió la mano en el bolsillo de la camisa. La pistola osciló delante de él.

—Cuidado, Ken...

Casey sonrió y mostró el paquete de cigarrillos.

—Estás muy nervioso, Kramer —comentó, llevándose un cigarrillo a los labios—. Quizá fuera preferible que llamaras a tus compinches... Ellos te infundirían confianza.

Kramer rechinó los dientes.

—Hiciste un buen trabajo anoche —dijo dominándose—. Dos hombres muertos y la policía ni siquiera te inquietó. Pero ahora es distinto...

—No pierdas las riendas, viejo. Los dos somos profesionales.

Kramer silbó agudamente. Al instante, dos hombres armados de revólveres entraron sin demasiado entusiasmo.

Casey los señaló con el cigarrillo.

—No parecen gran cosa, Kramer —comentó.

—Uno no puede disponer de gente especializada aquí... pero serán suficientes para hacer el trabajo para el que los contraté.

—¿Con esos revólveres capaces de alarmar a todo el distrito? Esto no es Biafra, camarada.

—Esta trabaja en silencio —dijo Kramer balanceando la automática.

—Siempre fuiste un estúpido, aunque tú creyeras lo contrario.

—Tan estúpido, que me alcé con medio millón de dólares.

—Por ellos te he seguido Por el dinero... y todo lo demás.

—¿Crees que no sabía que me seguirías los pasos? Siempre estuve seguro de que lo harías. Los otros no, pero tú eras distinto... tú eres un perro de presa. Y de los buenos. Nunca te menosprecié, amigo.

—Si estás tan seguro de matarme, ¿por qué no me dices dónde está el dinero, y dónde ocultaste el cargamento?

Kramer rió bajito, íntimamente satisfecho.

—Eso no lo sabrás ni siquiera al morir. Además, delante de testigos no pueden discutirse ciertas cosas. Lo siento, Ken, muchacho... Has perdido la partida porque nunca podías ganarla. No, jugándola contra mí.

—No vayas a llorar por eso.

Se guardó el paquete de cigarrillos y extrajo una cajita de cerillas.

Kramer aún dijo:

—Yo te despacharé, en silencio. No temas, soy un buen tirador... Ambos éramos los mejores del grupo. No sentirás nada, ¿eh? Un

trabajo limpio. Luego, mis dos ayudantes se ocuparán de que nadie se moleste contemplando tu cadáver. Simplemente, te esfumará. Es sorprendente lo que se puede hacer en estos países si uno puede pagar por ello.

—Tú te has dado mucha maña en averiguarlo.

Encendió el cigarrillo y expulsó una nube de humo.

—Ésa es todo lo que teníamos que discutir —dijo Kramer, súbitamente ceñudo—. Hubieras salido mejor olvidando que una vez nos conocimos y peleamos juntos en todas las partes del mundo...

—Hay cosas que uno nunca olvida. Por ejemplo, haber conocido una mofeta apestosa como tú. Eso le revuelve a uno el estómago todo el tiempo.

Volvió a chupar del cigarrillo. Expelió el humo.

Luego, con un gesto perfectamente natural, arrojó el pitillo hacia Kramer y exclamó:

—Al infierno contigo, Kramer.

Vio perfectamente cómo el dedo del pistolero se tensaba sobre el gatillo.

Al mismo tiempo, bajo la mesa, allí donde el cigarrillo había caído, estalló una sorda explosión y en un segundo pareció como si se hubiera declarado un humeante incendio.

Hubo gritos y maldiciones. Casey rodaba a un lado oyendo el zumbido de los proyectiles de la pistola silenciosa.

La pestilente humareda envolvió a todos los que se agitaban en la estancia. Los dos rufianes tosían y maldecían y uno de ellos fue tan estúpido que empezó a darle al gatillo del revólver una y otra vez.

Los broncos estampidos retumbaron como cañonazos en el silencio del barrio.

Conteniendo la respiración, Casey dio un gran salto y cayó sobre el individuo que disparaba. El cuchillo automático describió una centelleante parábola y después hubo un jadeo, un estertor y se acabaron los disparos.

El gigante se revolvió como una centella. Vio confusamente la silueta de alguien que intentaba ganar la puerta y se lanzó al aire.

—¡No corras, Kramer, aún no hemos terminado tú y yo...!

Cayó sobre el hombre y ambos rodaron por el suelo. De nuevo el

cuchillo descendió como un rayo, pero esta vez tratando de no matar a su adversario porque le necesitaba vivo.

Oyó un agudo grito en español. El hombre no era Kramer.

Furioso, le descargó un feroz trallazo con la izquierda y el tipo ya no se quejó más.

—¡Kramer! —Rugió.

La humareda flotaba como espesa niebla, inmóvil. Casey corrió hacia el ventanal, atrapó una butaca y la lanzó con fuerza contra los cristales, que estallaron con un estrépito de todos los diablos. Ya no le importaba ahora el ruido, porque los disparos debían haber alarmado a medio distrito.

El aire que penetró hizo oscilar la pesada barrera de humo, aunque no la barrió del todo.

No obstante, fue suficiente para advertir que Kramer había desaparecido.

Casey atravesó la sala y se internó en la casa rechinando los dientes. Salió por la portezuela posterior a tiempo de oír el motor de un coche brutalmente acelerado, y cuando dobló la esquina vio un «Ford» último modelo lanzarse por el camino de cemento hacia la calle.

No lo consiguió. Únicamente logró pegarse un batacazo contra el cemento, y el auto desapareció entre el chillar de los neumáticos y los gritos de la gente que llegaba de todas partes.

Casey se levantó como si hubiera rebotado. En la calle se apiñaban los curiosos. Se oían sirenas procedentes de todos los puntos cardinales. Alguien debía haber llamado a la policía.

De modo que corrió de nuevo hacia la parte posterior del edificio, atravesó el jardín y desembocó en la calle por la que entrara antes.

Allí se quedó contemplando un par de metralletas que le apuntaban, manejadas por dos individuos cuyo uniforme verdoso destacaba bajo el sol.

Los dos tenían caras achatadas y sombrías. Más atrás había un coche negro detenido y de él descendían otros dos policías de verdoso uniforme, también armados de metralletas.

—No se mueva, señor —ordenó uno de ellos, nervioso—. Levante las manos. Aprisa.

Lo hizo porque negarse era un suicidio. Había oído contar

infinidad de historias de esa gente de sobrio uniforme. Agentes de la Brigada Especial. Hombres sin freno y a los que nadie jamás pediría cuentas si le llenaban de plomo.

Al lado de ellos, los *tontón*-macoute de la República de Haití eran simples aficionados a la tortura y a la matanza.

De modo que se dejó apresar maldiciendo a Kramer para sus adentros. La próxima vez que pudiera echarle la vista encima...

Sólo que probablemente ya no habría próxima vez.

CAPÍTULO IV

El despacho era grande y amueblado de una manera chillona.

Cuando introdujeron a Casey en él, con las muñecas sujetas por unas esposas de acero, el hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa levantó su enorme cabeza y esbozó una sonrisa.

El oficial que empujó a John Casey dijo:

—Éste es el hombre, coronel.

—Buen trabajo, teniente. ¿Tenemos cargos suficientes para hacer callar a cualquiera que se interese por él?

—Sobran, señor. Ha asesinado a un ciudadano de este país de una cuchillada. A otro compatriota nuestro lo ha dejado mal herido... aparte de un escándalo que ha alarmado a todo el distrito de *La Colina*.

—Me parece muy bien. Siéntese, perro... Ahí, donde pueda verle bien.

Casey obedeció, sentándose en una silla de recto respaldo.

Miró fijamente al hombre que ocupaba la mesa. El coronel era gordo, grasiento, con triple papada y ojos abultados. El sudor le perlaba la cara y sus manos grandes estaban cubiertas de un vello negro y espeso.

—Retírese, teniente —ordenó.

—Señor, es un hombre peligroso.

—No tanto como yo, si decide portarse como un estúpido. Espere fuera.

El oficial salió y cerró la puerta a sus espaldas.

El gordo coronel se retrepó en el sillón. Juntó los dedos de las manos y sonrió beatíficamente.

—Vamos —dijo—. Empiece a mencionar al embajador de su país y todas esas cosas, señor Temple.

Casey se puso rígido.

—Mi nombre consta en el pasaporte que me han quitado sus

esbirros, gordo. Es John Casey.

—El pasaporte es tan falso como su padre, si es que alguna vez lo conoció. Usted es Kenton Temple. Le conocen por el capitán Ken. Un mercenario de los más expertos que han existido. Aunque hemos dispuesto de poco tiempo, ha sido suficiente para confeccionar una buena biografía de usted. Es un perro rabioso, un matarife profesional que se alquila al mejor postor.

—Con algunas excepciones... eso es cierto. Y ahora quizá sería bueno que me dijera quién es usted.

—Creí que lo sabía.

—Aparte de que es asquerosamente gordo, he oído que le llamaban coronel. Eso es todo.

Un peligroso brillo asomó a los ojos del aludido.

—Coronel Rafael Arista, jefe supremo de todas las fuerzas de seguridad.

—Incluida la Brigada Especial.

—Así es. Ahora va a decirme por qué vino a este país, quién le pagó y cuánto y por hacer qué. Le advierto, Temple, que es preferible que hable sinceramente conmigo. Disponemos de sistemas muy eficaces para quebrantar a un hombre hasta reducirlo al estado de una piltrafa, pero eso siempre lleva cierto tiempo, sobre todo con individuos de su clase.

—¡No me cabe duda de que pueden despedazar a un hombre poco a poco! Pero esta vez de nada les servirá. Nadie me contrató para venir aquí.

—Yo opino lo contrario. Le contrataron por uno de estos dos motivos... O entrenar a las guerrillas que se han refugiado en las montañas, convirtiendo a un puñado de desharapados en verdaderos guerrilleros, o bien, le han pagado para que mate a alguien importante del gobierno. ¿Tal vez al presidente Soria?

Ken achicó los ojos. Su mente trabajaba con la precisión de una máquina, pero no conseguía desentrañar los propósitos del coronel.

—Ni sé una palabra de sus guerrilleros —dijo—, ni nadie me pagó para matar al presidente. Vine por un asunto puramente privado.

—Y para realizar ese asunto ha matado a tres ciudadanos de este país y herido a otro...

—Eran simples matones a sueldo. Rufianes de la peor calaña.

—Para mí, eran compatriotas... y usted los mató. Va a pasarlo muy mal, Temple.

—Casey. John Casey...

—Tonterías. Seguiré llamándole con su verdadero nombre. Mire, no sea terco, es la última advertencia. Dígame quién le hizo venir y...

—Buck Kramer.

—¿Quién demonios es Kramer?

—El hombre por el cual vine. Hay una vieja cuenta entre él y yo y le seguí las huellas a través de medio mundo.

—¿Otro mercenario?

—Seguro.

—Kramer alquiló la casa donde le detuvieron...

—Así que también sabe de él.

—No me interesó particularmente... no tiene fama, no es nadie importante. Pero usted sí es importante. El mejor asesino profesional de todos los tiempos.

—Me halaga —se burló el aludido.

El coronel abrió un cajón de la mesa y tomó un gran sobre. Se levantó y con pasos pesados rodeó la mesa.

—Voy a mostrarle algo, Temple. Algo que le hará reflexionar.

—No necesito estímulos para reflexionar a fondo. Estoy haciéndolo desde que llegué.

—Eso encaminará sus reflexiones en la dirección debida. Mire.

Puso una gran fotografía ante sus ojos.

Ken había contemplado atrocidades sin cuento en las guerras en que tomara parte como jefe de mercenarios. Los negros africanos tenían muchos motivos para odiar a sus adversarios y aprovechaban todas las ocasiones para manifestarlo haciéndoles pedazos...

Sin embargo, esa fotografía le hizo sentir el frío de la muerte en la médula. Incluso sintió que se le nublaba la visión, porque lo que estaban haciéndole a una muchacha desnuda en la foto sólo podía ocurrírsele a un sádico, a alguien con la mente podrida y tarada de un anormal.

Riendo entre dientes, el coronel apartó esa foto y colocó otra ante su mirada.

Ésta era de un hombre.

O de lo que quedaba de un hombre, que a pesar de todo aún

estaba vivo y parecía mirar la cámara con unos ojos saltones y horrorizados.

—Dispongo de gente muy experta, Temple. —Remachó el gordo al sustituir por otra la fotografía de aquella atrocidad.

Tampoco la tercera tenía desperdicio.

En un reducto estrecho, un hombre se debatía en medio de un revoltijo de oscuras serpientes que se le enroscaban por todas partes.

El coronel le ilustró:

—Ninguno de esos reptiles es venenoso, de modo que no existe el peligro de que mate al preso con una mordedura.

Sin embargo, se veía a algunas serpientes hincando sus dientes en las piernas desnudas de la víctima.

—Tarda mucho en morir... Tarda todo el tiempo que tardan las serpientes en enroscársele al cuello y ahogarle. Aunque este que usted contempla nos defraudó. Murió de un fallo cardíaco a los veinte minutos de pelear con los reptiles. El médico dijo que había muerto de miedo...

Arrojó la cartulina sobre la mesa y otra imagen espeluznante la sustituyó. Sin poderlo evitar, Temple sintió que se le revolvía el estómago.

—Aparte eso de mi vista. No va a conseguir otra cosa de mí... más que hacerme vomitar sobre sus brillantes botas, especie de bastardo.

—El insultarme es el primer paso... Todos lo hacen cuando aún están enteros. Después me suplican a gritos que les mate.

Implacable, fue mostrándole otras seis fotografías de otras tantas monstruosidades cometidas sobre seres humanos indefensos. Ken hubiera querido tener las manos libres para matar a aquel engendro, para aplastarlo como una alimaña...

—La chica que tanto le impresiona —dijo el coronel—, enloqueció después de revelarnos lo que queríamos saber. La soltamos, claro. Ahora vaga por los suburbios completamente loca y es un buen ejemplo para los que piensan unirse a los guerrilleros y revoltosos... Viéndola a ella saben lo que les aguarda, de modo que lo piensan dos veces antes de dar el paso definitivo.

Volvió a guardar las fotografías en el sobre y devolvió éste al cajón de la mesa.

Enfrentándose con Ken Temple dijo:

—Y ya basta de rodeos. Con usted podemos hacer cosas mucho peores, destrozarle moral y físicamente hasta convertirle en un gusano babeante. Pero sería una lástima destruir una máquina de matar tan perfecta... Hable, Temple. ¿Quién le contrató y para qué?

—Ya vuelve a las andadas. Vine siguiendo a Kramer. Él nos dejó en la estacada a otros tres muchachos y a mí llevándose medio millón de dólares que nos pertenecía. Además, escamoteó un cargamento de armas y los que estaban esperándolo nos acusaron a nosotros del fracaso en la recepción. Escapamos por un pelo de que nos ahorcaran.

—¿Armas dice usted?

—Un cargamento de veinte toneladas.

—¿Qué clase de armas?

—Metralletas, bombas de mano, municiones y pistolas belgas de gran calibre.

—Y medio millón de dólares.

—Eso es.

—De modo que según usted nadie del país le contrató.

—En absoluto.

—¿Cuánto habría pedido para un trabajo de los suyos aquí, Temple?

Ken enarcó las cejas.

—¿De qué está hablando ahora?

—Supongamos que miente. Supongamos que los jefes de la guerrilla le buscaron, proponiéndole asesinar a nuestro presidente. ¿Cuánto les habría pedido?

—Nada.

—¿Lo hubiera hecho gratis?

—No lo habría hecho. Mi especialidad es pelear en combate, no asesinar a sangre fría.

—Vamos, vamos... recuerde lo que se cuenta de su paso por la capital de Biafra... hace años. Un solo tiro, que valió un cambio de gobernante.

—Aquello era distinto. En cierto modo fue también un asunto personal.

—Escuche, Temple. Estoy tratándole como no se merece... Haga un esfuerzo para colaborar conmigo, ¿sí?

—Estoy haciendo el sacrificio más heroico de mi vida soportando su proximidad. Apesta y está tan gordo que asquea.

Sin alterarse, el coronel volteó el puño y golpeó a Ken en un lado de la cabeza.

El puñetazo retumbó en la oreja de la víctima. Sintió como si la cabeza le estallara y voló fuera de la silla. Se quedó acurrucado en el suelo jadeando, hasta que levantándose volvió a la silla y se sentó.

—Está desperdiciando sus facultades, coronel —dijo—. Lo suyo es lo que muestran esas fotografías.

El gordo sonrió.

—No sabe cuánta razón tiene. Hábleme de ese Kramer...

—Huyó de la casa mientras yo peleaba con los dos asesinos que había contratado. No sé dónde está ahora.

—¿Y las armas, y el dinero, sabe dónde paran?

—Las armas deben estar a bordo de algún pequeño carguero. El dinero, ignoro dónde lo ocultó.

El coronel se paseó de un lado a otro del despacho.

De pronto, deteniéndose, dijo entre dientes:

—Tal vez aún tiene la esperanza de que no será torturado, Temple, de que conseguirá engañarme...

—No me queda esperanza alguna. Siempre fui un tipo realista y sé reconocer cuando he perdido. Podría tener esperanzas en cualquier otro país que estuviera gobernado por gentes honestas. Pero aquí todo el mundo sabe a qué atenerse, así que no lo demore más tiempo. Llame a sus esbirros y terminemos.

El gordo se echó a reír.

—Todo en su momento, Temple, todo en su momento...

Se acercó a un panel de madera y pulsó un botón. Parte de la pared se descorrió mostrando seis pequeñas pantallas de televisión.

—Circuito cerrado —explicó—. Muy útiles para saber en todo momento lo que sucede en cualquier rincón de este edificio... Por ejemplo, en la sala de interrogatorios del sótano. Acérquese, Temple.

Ken se levantó. Sentía un persistente y desagradable zumbido en la cabeza.

Una de las pantallas se iluminó. Vio una sala con paredes de hormigón desnudo. Sobre una mesa de metal había tendido un

hombre desnudo. Llevaba aplicadas a los lugares más sensibles de su cuerpo dos pinzas que remataban sendos cables eléctricos.

Las facciones del hombre estaban desencajadas y apenas si mostraban la menor expresión humana. Parecía una carátula absurda y borrosa.

—Un guerrillero. Atacaron una de nuestras patrullas, matando al oficial y dos soldados. Pudimos capturar a este... y queremos que nos diga quiénes eran los otros y dónde tienen la ratonera... donde se ocultan como ratas. Hablará, no le quepa duda.

El detenido estaba sujeto a la mesa por gruesas correas de cuero. Todo su cuerpo chorreaba sudor.

El coronel rió entre dientes.

—Se le aplican breves descargas de electricidad, cada vez más prolongadas, de más voltaje. Por supuesto, terminan por rendirse, aunque para entonces ya jamás vuelven a tener ni sombra de virilidad... Una lástima, ¿no le parece?

Mientras estaba hablando, en la pantalla Ken vio saltar el cuerpo de aquel hombre hacia arriba, tensando las correas. Todo el cuerpo se convirtió en un gran arco rígido, tembloroso, mientras la descarga eléctrica le sacudía hasta quebrarle los huesos.

El coronel alargó la mano y pulsó un botón. Instantáneamente, de un altavoz oculto brotó el más lacerante aullido que Ken recordaba haber oído en su vida.

—¿Qué le parece, Temple? —cacareó, el gordo cortando el sonido—. Usted ocupará su puesto cuando terminen con él. Por muy duro que sea, acabará por gritar de igual modo.

Ken retrocedió. Las manos esposadas a la espalda se le habían entumecido. Con voz sorda dijo:

—Espero que se divierta cuando me coloquen en esa mesa, gordo. Pero perderán el tiempo.

—Yo creo lo contrario. Nadie soporta el suplicio hasta el final.

—No me ha entendido. Aunque yo me rinda, no podré decirle nada de lo que espera porque no existe nada de esto. Le dije la verdad. Vine por Kramer.

El coronel apagó la pantalla de televisión, corrió el panel de madera y fue a sentarse a la mesa, donde estuvo unos instantes inmóvil.

Después encendió un grueso cigarro. Saboreó el humo

asegurándose de que el veguero ardía como era debido.

Al fin dijo:

—Su amigo Kramer también me seduce... Él y esas veinte toneladas de armas...

—Búsquele. Es una rata y no tendrá que trabajar mucho para obligarle a confesar dónde están ahora.

—Le buscaré. Pondré a mis mejores expertos tras sus huellas.

—Cuando le eche el guante, podría dejarme a mi encargado de hacerle hablar. Todos esos trabajitos que usted me ha mostrado no son nada comparados con lo que yo le haría. Por culpa de su traición murieron cinco de nuestro grupo... Cinco hombres que habían confiado en mí.

El coronel Arista se retrepó en el sillón, aparentemente dedicado en cuerpo y alma a saborear el magnífico cigarro puro.

Después, de repente, sus ojos se clavaron en su prisionero.

—Usted hará algo mejor que eso, Temple —murmuró.

—¿De veras?

—Voy a hacer un trato. Un trato en firme. Usted vivirá, recuperará el dinero de Kramer y podrá salir del país libremente. Además, su amigo Kramer pasará los últimos días de su vida en nuestros sótanos sometido a... este... un tratamiento completo por nuestros especialistas. ¿Qué le parece?

—Que ha perdido usted la brújula. Todo esto, coronel, ¿a cambio de qué?

El gordo sonrió. El sudor se deslizaba por su cara grasienta.

Cuando habló, su voz fue apenas un susurro:

—Usted matará al presidente León Soria y Acanto.

Ken Temple había experimentada toda clase de sorpresas a lo largo de su vida, no obstante, ésta casi le tiró de espaldas. Hubo de sentarse de nuevo en la silla y durante unos minutos fue incapaz de hablar.

CAPÍTULO V

El coronel Arista aplastó la colilla del cigarro. Su mirada seguía siendo risueña cuando dijo:

—No crea ni por un momento que podrá escabullirse, Temple. A partir de ahora estará vigilado, y si intenta abandonar el país no vivirá ni un minuto más de los que tarde yo en saberlo.

—Eso lo ha repetido siete veces desde que me dijo lo que espera que haga.

—He querido que quedara todo perfectamente claro entre nosotros. Recibirá instrucciones en el momento debido. Recuerde que tiene que hacerlo de la manera más rápida y discreta posible... Usted es un experto... el mejor del mundo actualmente. Demuéstrelo y no se arrepentirá.

Ken Temple guardó silencio. Se levantó y de pronto dijo:

—Me gustaría saber una cosa, coronel... ¿Ocupará usted el puesto de presidente cuando el actual haya muerto?

Arista sonrió.

—Tal vez... aunque yo trabajo mejor en la sombra, en un segundo plano. Pero la presidencia también me seduce...

—Es usted un cínico como no conocí otro en mi vida, coronel.

—Me han llamado cosas peores. ¿Alguna pregunta que quiera hacerme, Temple, antes de dejarle libre?

—Ninguna, por el momento. Cuando deba consultarle algo vendré a verle.

—De acuerdo. Estudie el plan a seguir. Trácese un esquema de su actuación y luego consúlteme.

—Lo haré. No puedo elegir. Pero usted me entregará a Kramer y el medio millón de dólares.

—Es un trato —rió el coronel, pulsando un botón de los muchos que había en la mesa—. Su amigo será debidamente atendido por nosotros.

La puerta se abrió y el oficial que le había introducido apareció.

El coronel ordenó:

—Quítele las esposas, teniente.

El oficial respingó.

—¿Va a quedar libre, coronel? —balbuceó, estupefacto.

—Absolutamente libre.

—¡Pero mató a...!

—No lo repita. Un caso claro de defensa propia. ¡Quítele las esposas y no discuta, teniente Alconedo! —Sí, señor. Libró a Ken de los grilletos, mirándole de un modo muy raro.

El mercenario le sonrió con cierta sorna.

—Esta vez no van a divertirse, con mis pedazos, teniente —comentó, frotándose las entumecidas muñecas.

El coronel estaba eligiendo otro cigarro. Sin levantar la mirada ordenó:

—Acompañe al señor Temple al hotel, teniente.

—A la orden señor.

Ken Temple salió del despacho escoltado por el oficial. No se pronunció ni una palabra en todo el trayecto hasta el gran patio central del edificio policíaco, un antiguo palacio colonial debidamente reformado para el cometido a que estaba destinado actualmente.

El teniente abrió la portezuela de un coche.

—Suba. —Gruñó.

—Prefiero viajar a su lado. Soy muy liberal en estos detalles, ¿sabe usted?

Ken dio la vuelta al auto y se acomodó en el asiento delantero, junto al del conductor.

Cuando el oficial maniobró para salir de la explanada, Ken comentó:

—Apuesto doble contra sencillo a que nunca le había sucedido una cosa como ésta, teniente. ¿No es cierto?

—Estoy sorprendido, ciertamente.

—El coronel es un hombre de grandes ideas.

—Desconcertante diría yo. O dispone usted de unas influencias inmensas, o le ha ofrecido algo muy importante a cambio de su libertad.

—Ni una cosa ni la otra, teniente.

El oficial se encogió de hombros y ya no volvió a despegar los labios hasta detener el coche frente al hotel.

—Que tenga una feliz estancia entre nosotros, señor —dijo como despedida.

A Temple se le antojó que en la voz del teniente Alconedo había vibrado un claro sarcasmo.

Esperó a ver desaparecer el coche y luego entró en el hotel.

El recepcionista se quedó lívido al verle. Instintivamente miró en torno como si buscara un lugar por dónde huir.

Ken se acodó en el mostrador.

—Cuando llegue el momento —dijo—, le arrancaré la cabeza con mucho gusto, rata. Hasta entonces, vaya pensando dónde prefiere ser enterrado. Deme mi llave y piénselo... A partir de ahora está viviendo de prestado.

Temblando, el hombre le entregó la llave de la *suite*. *Su cara adquirió un curioso color terroso.*

Ken subió a sus habitaciones, se despojó de las ropas y permaneció mucho tiempo bajo la ducha.

Las cosas estaban tomando un cariz que no pudo sospechar ni remotamente al venir a ese país de pesadilla.

Salió del baño y se enfundó en unos pantalones frescos y ligeros. Desde la terraza se contemplaba una gloriosa panorámica del lago inundado de sol.

Algunas embarcaciones de recreo evolucionaban perezosamente. De la blanca estela dejada por un esquiador saltaban chispas doradas de luz.

Un cuadro bucólico casi... si no fuera por la miseria, la depredación y la muerte que se ocultaban detrás.

Encendió un cigarrillo. Matar al presidente requería un plan endiabladamente bien trazado, porque la Guardia Presidencial estaba formada por profesionales de la degollina, y no dejaban ni un segundo su estrecha vigilancia en torno al hombre que estrujaba el país desde hacía infinidad de años.

Su mente era un torbellino. Maldijo entre dientes porque ésta era una situación que no había buscado y que, además, detestaba.

Entonces llamaron suavemente a la puerta.

—¡Entre! —Gruñó.

Oyó abrirse la puerta y se volvió.

Se quedó boquiabierto contemplando a la dama que acababa de aparecer. Realmente, era como para examinarla dos veces y con todo detalle, porque había muchísimo que ver en ella.

La vio cerrar la puerta. La vio avanzar hacia él y detenerse a un paso de distancia.

—Hola —balbuceó.

Ella se limitó a mirarle.

Era alta, cimbreada, una maravilla sostenida por las más hermosas piernas que Ken recordaba haber visto nunca. Claro que sobre las piernas había muchas otras maravillas que requerían atención especial, como las soberbias caderas de ánfora, por ejemplo. O los prietos y juveniles senos aprisionados violentamente por una blusa transparente.

O la cara bellísima, en la que unos ojos que parecían contener todo el fuego del mundo chispeaban a cada parpadeo. Y en la que los labios rojos eran una tentación, hechos para el placer.

—Bueno —dijo con voz ahogada—, diga algo. Por ejemplo, su nombre.

—Alma.

—Yo vendería la mía por ti.

—Alma es mi nombre, tonto.

—Es un placer conocerte, Alma mía. Pero ¿no te habrás equivocado de *suite*? Yo no pedí que me sirvieran un ángel en bandeja.

Ella arrugó el ceño.

—Tú eres Ken Temple. Un mercenario.

—Cierto.

—Entonces no me he equivocado.

—Me alegro. Siéntate. Pediré algo de beber y...

—Ésta no es una visita social, Temple. Tienes que acompañarme.

—¿Para qué? Hay un comodísimo dormitorio en esta *suite*.

—¿Éste es el precio que exiges para acompañarme, acostarte conmigo?

—No puedo pensar en nada más deseable.

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—Yo puedo pensar en mil razones distintas para despreciarte.

Ken sonrió.

—Ilústrame, preciosa. No creo que hayas venido aquí solo por el placer de insultarme.

—Ya te he dicho que debes acompañarme.

—¿Adónde?

Ella sacudió la cabeza.

—Ya lo verás cuando lleguemos. No se puede hablar demasiado en ninguna parte. Las paredes oyen, en ocasiones.

—¿Quieres decir que alguien puede estar escuchando detrás de la puerta?

Alma se encogió de hombros.

—Ya deberías saber que existen otros muchos sistemas.

El aventurero dio un respingo.

—Y se supone que yo soy un experimentado tipo listo... —Miró en torno y esbozó un gesto indicándole a la muchacha que guardase silencio.

Inmediatamente inició un examen de la *suite pulgada a pulgada*. *Apartó los muebles, investigó incluso en las molduras de los rincones y el pie de las lámparas de sobremesa.*

Perplejo, se detuvo veinte minutos después con el ceño fruncido. No obstante, se había despertado su suspicacia. Atrapó el aparato telefónico y le dio vuelta.

Y allí estaba.

No era mayor que un botón de chaqueta corriente.

Se quedó mirándolo con ojos chispeantes. Hizo una seña a la joven para que se acercara y la vio palidecer hasta la raíz de los cabellos.

Volvió a dejar el aparato en su lugar y empujó a Alma hacia la terraza.

—Tenías razón, encanto. Alguien escuchó lo que hablamos...

—¿Por qué no has destruido ese chisme?

—Porque si lo hago sabrán que lo he descubierto.

—La Brigada Especial sin duda —musitó Alma estremeciéndose. Y añadió—: Ahora saben que he venido a buscarte...

—¿Te conocen?

—No les costará identificarme. Son poderosos... terriblemente poderosos.

—Bueno, tómalo con calma. Yo también puedo verme en un apuro gracias a tu visita y no me lamento. ¿Adónde querías llevarme?

Ella sacudió la cabeza.

—Nada de direcciones. ¿Vas a venir o no?

—Seguro, pero antes piensa en algo importante, linda... Si han escuchado nuestra conversación inicial, es posible que a estas horas haya alguien apostado abajo para seguarnos cuando salgamos de aquí. ¿Qué sucederá en ese caso?

Ella se estremeció.

—No puedo dejar que nos sigan...

—Si sólo fuera un espía podríamos despistarle... o rebanarle el pescuezo si se presentaba la ocasión. Pero si hay más de uno no conseguiremos eludirlos. Y tampoco estoy seguro de que vaya a arriesgarme a cortarle el gaznate a un tipo sólo porque tienes una cara bonita y un cuerpo que marea.

La hermosa muchacha titubeó unos instantes. Luego, decidiéndose, murmuró:

—Te pagarán, Temple. No queremos que trabajes gratis como nosotros. Ya sabemos que los hombres como tú no luchan por un ideal ni por patriotismo.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto dinero quieres decir?

—Exactamente. Mi tarifa es muy alta, métete eso en tu linda cabecita.

—No sé cuánto dinero pueden ofrecerte. Todo lo que me dijeron fue que viniera a decirte que hay una misión para ti y que debes acompañarme. Eso es todo.

—Muy bien. Pero habrá que ir con mucho cuidado al salir.

Fue al dormitorio y volvió a ajustarse la pistola al cinto. Se abrochó una holgada camisa veraniega y reuniéndose de nuevo con Alma dijo:

—Adoptaremos algunas precauciones para largarnos de aquí. Imagino que habrá una salida de servicio en alguna parte.

—En este hotel entran las mercancías por la fachada posterior.

Salieron de la habitación. Localizar una estrecha escalera al final del amplio pasillo fue fácil. Pero una vez allí, Ken se detuvo en seco y exclamó:

—¡Espera un minuto! ¿Preguntaste en recepción antes de subir?

—No soy tan tonta. Vine directamente a tu habitación.

—Resulta chocante cómo corren las noticias. Por lo visto hasta los gatos saben ya que estoy aquí y dónde me alojo... Vamos,

esperemos que haya suerte.

Descendieron las escaleras. Tras desembocar en una amplia estancia repleta de ropa de servicio, pasaron ante una puerta señalada como «Almacén Vinos», y tras un corto recorrido salieron a un aparcamiento cubierto. Había varios coches y un par de camionetas. Junto a estas algunos empleados hablaban mientras descargaban cajas de víveres.

Echaron a andar hacia la esquina. La mirada de halcón del mercenario escudriñaba a su alrededor en busca de posibles espías.

Cinco minutos más tarde habían dejado atrás el complejo hotelero sin que nadie les siguiera los pasos.

—¿Y ahora qué? —indagó él.

—Tengo un coche preparado, no lejos de aquí.

—¿No estará controlado también por la policía política?

—No. Es robado.

—¡No me digas!

—Lo pintaron de nuevo y lleva otras placas de matrícula. No habrá nada que temer en unos días. Después lo abandonaremos.

—Todo bien organizado...

El coche era un «Mercury» con algunos años encima, pero recién pintado los disimulaba. Ella se colocó ante el volante y Ken tomó asiento a su lado. Alma conducía con cuidado, aunque con mucha seguridad. Media hora después habían dejado atrás la ciudad y rodaban por una estrecha carretera desde la que se vislumbraba la impresionante espesura de las selvas.

Inopinadamente, la carretera se internó entre la lujuriente vegetación y ésta era tan espesa que pareció como si de pronto se hubiera ocultado el sol.

—Te advierto que no llevo equipo para caza mayor —comentó con ironía.

—Cambiamos de coche dentro de poco. El viaje es largo.

El cambio se produjo quince minutos después de avanzar en la espesura. La muchacha había tomado un desvío y por un camino de tierra en el que crecían las hierbas y matorrales fue a desembocar en una choza rodeada de huerto. Había un establo, algunas gallinas correteando de un lado a otro y miseria por todas partes.

—Hemos llegado —murmuró la muchacha.

Un hombre apareció al oír el motor del coche. Alma le hizo una

seña y el tipo corrió hacia el establo.

Ken vio salir dos asnos peludos y calmosos. Después, siguiéndoles, apareció un *Jeep* viejo y abollado, que el hombre detuvo junto a una cerca.

Miró en torno, perplejo.

—¿Cómo es posible que la policía no descubra la incongruencia que representa el «Mercury» en un lugar como éste?

—¡No podrán verlo nunca aquí...! Lo escondemos en la selva, bien cubierto de vegetación. Ellos son listos, pero nosotros no somos tontos.

—Ese «nosotros», ¿se refiere a los guerrilleros?

—Piensa lo que quieras...

Sin cambiar una palabra con el hombre que había sacado el *Jeep* del establo, la muchacha se encaramó al destartado vehículo, y tan pronto Ken estuvo sentado a su lado lo lanzó rumbo a la espesura como si quisiera estrellarlo contra los gruesos troncos.

El mercenario se arrellanó en el asiento y se concentró en asegurarse de que recordaría el camino seguido desde que salieran de la ciudad.

Habituado a las intrincadas selvas africanas, en las que la muerte acechaba detrás de cada matorral, de cada tronco, estuvo seguro de que en cualquier circunstancia podría recorrer el casi invisible sendero sin importar las condiciones en que hubiera de hacerlo...

CAPÍTULO VI

Cuatro hombres fueron los que recibieron a Ken y a la muchacha, al final del accidentado viaje a través de las selvas, siempre encaramándose montes arriba con el viejo *Jeep*.

Cerca se alzaba una choza bajo una cubierta de ramaje imposible de localizar desde el aire, y en tierra era extremadamente difícil a menos de conocer bien el camino y acercarse lo suficiente para verla.

La muchacha se apeó del vehículo y dijo:

—Éste es Ken Temple, Manuel.

Uno de los cuatro individuos se adelantó.

—Me llamo Manuel Mineros. Tal vez ha oído hablar de mí...

—Nunca. ¿Guerrilleros, supongo?

—Patriotas.

Ken esbozó una mueca.

—Para mí es lo mismo. ¿Por qué diablos me han hecho venir hasta aquí? Podían haberme hablado en la ciudad.

—Demasiado arriesgado. Cualquier bastardo de la Brigada Especial daría la mano derecha para echarme el guante. Hay una buena recompensa a quien entregue mi cabeza, como en los buenos tiempos del Oeste de su país.

—Entiendo. ¿Qué es lo que quieren de mí?

—Su experiencia. Su habilidad. Pagaremos por ello. Después...

Se interrumpió al cambiar una mirada con sus compañeros. Los tres eran jóvenes, profundamente tostados por el sol y de piel curtida. Los tres hicieron un breve movimiento afirmativo con la cabeza.

Alma murmuró:

—Ten cuidado, Manuel. Esa clase de hombres se venden a quien mejor les paga. Ken se echó a reír.

—No comprendo qué tienes contra mí, linda. Pero déjame

decirte que cuando cierro un trato no hay ninguna otra oferta que me haga romperlo, por alta que sea.

Ella le miró a los ojos.

—Quizá ya te hicieron una oferta...

—¿Quién?

—Él coronel Arista.

—No cabe duda que el servicio de información funciona bien en este país.

Manuel Mineros dijo secamente:

—Yo hablaré con él si no te importa, Alma.

La chica se encogió de hombros. Sacó un cigarrillo y se apartó, fumando nerviosamente.

Mineros se encaró con Temple. Era un hombre de unos cuarenta años, recio y de rostro sombrío.

—Sabemos que fue usted detenido por la Brigada Especial, y que permaneció más de una hora en poder del coronel Arista. Luego, éste le dejó en libertad. ¿Es cierto?

—Completamente cierto.

—¿Por qué le dejó libre?

—¿No podría ser por considerar que yo era inocente de lo que me acusaban?

—Mató a varios hombres. No podía ser inocente.

—Defensa propia. Así lo interpretó el gordo.

—¿Arista?

—Sí.

—No es sincero conmigo, Temple.

—¿Para qué me han traído? Ésa es la sinceridad que me interesa a mí.

—Necesitamos saber primero a qué atenernos respecto a usted.

—Es lógico. Bueno, el coronel Arista me interrogó. Pensaba que yo había venido a este país contratado precisamente por alguien de, ustedes... para matar al presidente o para entrenar a las guerrillas. Pude convencerle de que no era así, de que estaba equivocado. Yo vine pisándole los talones a un puerco llamado Buck Kramer. Él es quien contrató a los matarifes que me atacaron.

—Ya veo... Ese Kramer, ¿es también un mercenario?

—Es una rata traicionera. Pero luchó conmigo en varias ocasiones, hasta que nos la jugó.

—Entonces, si nosotros le formulamos una propuesta usted está libre para aceptarla.

—Sólo si antes he solucionado mi problema con Kramer. Y según la clase de la propuesta, por supuesto.

—No disponemos de grandes sumas de dinero, Temple.

—No me cuente sus problemas financieros. Sólo dígame qué esperan de mí.

—Hay dos opciones. Una llevará mucho tiempo. La otra, sólo unos días.

—¿Cuánto?

—Diez mil dólares.

Ken sonrió.

—Realmente, tienen ustedes problemas de finanzas. Esa suma es ridícula para la clase de trabajo que yo realizo.

—Serían diez mil dólares por disparar un tiro. Un solo tiro, Temple.

—No.

Mineros suspiró.

—Podemos pagarle diez mil dólares al mes durante algunos meses, para la primera de las ofertas. Todo el tiempo que tarde usted en entrenar a nuestra gente. Queremos que se conviertan en auténticos guerrilleros, tan buenos como usted y los de su clase. Sabemos mucho de sus andanzas en África y otros lugares.

—¿A cuántos hombres habría que entrenar?

—Alrededor de mil.

Ken sacudió la cabeza.

—Olvídelo. Es imposible sin contar con grandes extensiones de terreno, enormes cantidades de armas y municiones... y aun así sería imposible con una cantidad de gente tan grande. Pero déjeme decirle que mil guerrilleros son demasiados.

—Son pocos para derribar un régimen criminal como el que nos gobierna.

—Estamos hablando de guerrilleros, no de soldados. Pueden tener una gran fuerza armada para el asalto final. Pero los que tienen que golpear, destruir, desmoralizar y sabotear al enemigo son pequeños grupos de expertos. Y para adiestrar a los imprescindibles la tarea lleva mucho tiempo y muchos riesgos. Y yo no trabajo de ese modo ni por tan poco dinero.

Hubo un silencio tenso durante unos minutos. Ken aprovechó para encender un cigarrillo. Por el rabillo del ojo vio a la muchacha que le observaba con ojos chispeantes, acusadores.

Al fin, uno de los silenciosos jóvenes dijo:

—¿Qué sería usted capaz de hacer por cien mil dólares, Temple?

—Esa suma suena mucho mejor. Se podría hacer cualquier buen trabajo que no llevara mucho tiempo.

—¿Algo como un atentado?

Ken soltó un gruñido.

—Si saben mi historial sabrán también que ésta no es mi especialidad.

—Pero está perfectamente preparado para organizar y llevar a cabo un golpe de esta clase.

—¿De qué clase, contra quién?

—Contra el presidente Soria y Acanto.

—No parece que ese caballero goce de muchas simpatías...

—Él y los suyos están expoliando este país desde hace decenas de años. Lo controlan todo para exprimimos hasta la sangre. Hace dos años las inundaciones sembraron la destrucción y el caos, ya debe saberlo.

—Lo leí en los periódicos.

—Bien, casi todo el mundo se volcó en ayuda a la población. Llegaron toneladas de medicamentos, miles de litros de plasma sanguíneo; miles y miles de toneladas de alimentos. Fue una maravillosa muestra de solidaridad entre los países... que enriqueció hasta lo increíble a veinte familias opulentas, con el presidente a la cabeza.

Ken dio un respingo.

—¿Quiere decir que no distribuyeron la ayuda?

—Con mucho optimismo, podemos calcular que distribuyeron un ocho por ciento de ella, pero eso sí, con grandes alardes para los noticiarios. Aviones enteros de plasma sanguíneo fueron descargados, y el cargamento vuelto a embarcar rumbo a Estados Unidos donde lo vendieron a precio libre. Poco más o menos, quinientos millones de dólares limpios. Otros seiscientos se obtuvieron con los medicamentos, vendidos también secretamente a firmas americanas sin escrúpulos. Añada los víveres que se embarcaron y fueron exportados... y ésta es sólo una pequeña

muestra de lo que sucede a diario. Entre veinte familias cuyos nombres resuenan en todos los periódicos, en las notas de sociedad, se embolsaron alrededor de mil quinientos millones de dólares mientras la población moría de hambre, de epidemias, por falta de suero, plasma y medicamentos... ¿Le parece que es hora de terminar con tanta corrupción, con tanta vesania?

—Desde su punto de vista, opino que han esperado demasiado tiempo. Pero desde el mío, todo eso es lamentable pero no cuenta en absoluto a la hora de las decisiones.

—Sí, claro... Llevado por la ira olvidé que es usted un mercenario.

Ken Temple se encogió de hombros.

—Exactamente. Nosotros sólo trabajamos por grandes sumas de dinero. Cien mil dólares es una gran suma.

—Entonces, ¿lo hará?

Pensó en el coronel Arista y en su proposición, o imposición como él la calificaba. Sonrió.

—Estudiaré el terreno, las oportunidades y la ruta de escape. Les daré mi respuesta dentro de unos días... dos o tres. Pero ante todo quiero liquidar el asunto que me trajo a este país. Después tendré las manos libres para decidir.

—Temple, hemos confiado en usted. No intente traicionarnos. No le resultaría. Tenemos oídos en todas partes.

—De eso no me cabe ninguna duda. Y admiro su organización, porque la fortaleza del coronel Arista es perfecta. Introducir espías en ella es una verdadera obra maestra.

—Es lo único que tenemos perfectamente montado; La información. Ojalá nuestros hombres de combate fueran tan efectivos...

—De cualquier modo, no menosprecien al enemigo. A mí me soltaron, pero ya tenían un micrófono autónomo instalado en mi *suite del hotel Nacional*. Gracias a ese micrófono, ahora saben que una mujer llamada Alma vino a buscarme...

Mineros dio un salto, alarmado.

—¡Condenación! Eso puede estropearlo todo... y ponerte a ti en grave peligro, Alma.

—No te preocupes por mí. Les costará saber quién soy en realidad. No dije mi apellido afortunadamente.

—Pero si lo consiguen... ¡Malditos hijos de perra!

—Ocúpate de tu gente, Manuel. Yo puedo desenvolverme, bien en la ciudad todavía.

Ken gruñó:

—El coronel me mostró unas fotografías, para impresionarme. Pude ver lo que hacen con los detenidos... y me pusieron los pelos de punta. Si no tienes cuidado, muchacha, vale más que te ahorques. Saldrás ganando.

—No necesito tus consejos.

Él se encogió de hombros.

—¿Podemos regresar? No me cabe duda que estarán buscándome a raíz de lo que escucharon por el micro.

—Váyanse. Pero recuerde eso, Temple. Tanto si acepta nuestra oferta como si no, mantenga la boca cerrada.

—Lo recordaré. Pónganse en contacto conmigo dentro de un par de días. Pero asegúrense de que no les siguen, de que no les vigilan... ¿Nos vamos, linda?

Tras un titubeo, Mineros gruñó:

—Un momento, Temple.

—¿Sí?

—Usted retrasa su decisión basta que haya ajustado su cuenta con ese Kramer...

—Ciertamente. Pero también porque necesito estudiar todo el asunto.

—Pero si tuviera a su «amigo» entre las manos, decidiría antes, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Buck Kramer... Bueno, quizá podamos echarle una mano. Ahora váyanse.

El *Jeep* volvió a saltar por la trocha abierta entre la selvática espesura, ahora bajando todo el tiempo.

Alma mantenía los labios apretados obstinadamente.

Al cabo de unas cuantas millas de viaje, Ken gruñó:

—¿Qué esperabas, que me echara en brazos de tus guerrilleros?

—No sé qué esperaba... Pensaba en ti como en un luchador noble, como Manuel y los otros... Me equivoqué. Eres despreciable, Temple.

Él se echó a reír.

—Hace muchos años que dejé atrás los ideales y las ideas nobles y desinteresadas, muchacha. No conducen a ninguna parte.

—Y el odio, ¿también lo dejaste atrás?

—Igualmente. Es una rémora. Y un mal consejero. Cuando peleo no odio a los que están en la trinchera de enfrente. Me pagan para eso. Lo único que lamento es que los adversarios no sean de mí misma condición, porque por lo menos tendrían algo tangible por lo cual luchar.

La muchacha bufó, colérica, pero no hizo comentario alguno.

Llegaron a la destartalada granja donde cambiaron de vehículo, y de nuevo rodaron por el infame camino en busca de la carretera.

Ken comentó poco después:

—¿Cómo estabas tan bien enterada de mi entrevista con el coronel Arista?

—Lo estaba, eso es suficiente para ti.

—Quien sea que se ha introducido en el cubil de la fiera para espiar allí, no cabe duda que es alguien con los nervios bien templados. Incluso a mí me pondría los pelos de punta pensar en lo que me harían si era descubierto.

—De nuevo olvidas que para nosotros morir no significa nada. Todos estamos dispuestos a dar la vida por nuestra patria y nuestros hermanos.

—Conmovedor. Pero una cosa es morir de un tiro, peleando cara a cara, y otra muy distinta ser despedazado poco a poco, no sólo de cuerpo, sino psicológicamente, convertido en un muñón sangrante, o volviéndole a uno loco... como vi hacerlo a los expertos del coronel Arista.

—Todo esto cambiará cuando los hayamos aplastado.

—¿Estás segura?

Ella le miró fugazmente.

—Sí —dijo rotundamente.

—Yo no. El poder absoluto corrompe, ensucia cuánto toca. Y el hombre que sustituya al actual presidente habrá de ser un superdotado, una especie de santo, para no caer en la tentación igual que los demás...

—Tú mides a todo el mundo según tu propio rasero. Te ves a ti mismo y juzgas que todos los demás hombres han de ser forzosamente tan cínicos, tan despreciables.

—Gracias por tus opiniones. Pero pensando como yo pienso me evito muchos desengaños.

—No quiero escucharte.

—Pero estábamos hablando de vuestro servicio de información infiltrado entre las gentes del coronel. Admiro el valor, naturalmente, pero al mismo tiempo siento lástima por ti y los otros. Gentes idealistas, valientes... pero siempre utilizados por los poderosos, o los que aspiran a serlo. Temo que cuando abras los ojos sea ya demasiado tarde, linda.

—Es mejor que te calles, Temple.

Éste se encogió de hombros.

El auto rodaba ya por la carretera y poco más tarde entraron en los suburbios de la ciudad.

—Aquí nos separamos —dijo el aventurero—. Regresaré al hotel por mis propios medios.

Ella frenó y detuvo el coche en una esquina.

Durante unos instantes ambos se miraron fijamente.

De pronto, ella susurró:

—Algún día me gustaría saber qué te convirtió en lo que eres, Temple.

—No es una historia edificante. Sin embargo, quizá te la cuente alguna vez. Buena suerte, preciosa. Y ten mucho cuidado.

Bruscamente, se inclinó sobre ella y la besó en la boca. Por un instante la muchacha se puso rígida. Después, se relajó y en sus labios llameó una súbita hoguera que sorprendió incluso a un hombre como Ken.

—Deseaba besarte desde que entraste en mi cuarto... Valía la pena —comentó el mercenario—. Espero poderlo repetir a menudo.

Abrió la portezuela y se apeó. Ella arrancó el coche con furia, alejándose velozmente hasta desaparecer en la distancia.

Ken Temple se dirigió al hotel a buen paso, sumido en un mar de dudas.

CAPÍTULO VII

Ken había esperado encontrar en el hotel una recepción uniformada, y con esa escolta ir a parar de nuevo ante el coronel Arista.

Se sorprendió un poco al ver que nadie intentaba interceptarle el paso.

Tampoco en su suite había nadie esperándole. Todo muy raro, teniendo en cuenta que con el micrófono que había descubierto, los esbirros del coronel debían haber oído perfectamente el inicio de su conversación con Alma...

Se duchó y cambió de ropas, cargando de nuevo con la poderosa pistola automática.

Tras esto, deambuló por la ciudad sin rumbo definido. Trató de oír las opiniones de los hombres en los bares, pero el temor era demasiado profundo para que se arriesgasen a hablar en voz alta de la situación del país.

Podía pulsarse ese temor en todos los gestos de las gentes, en sus miradas huidizas cuando se cruzaban con patrullas armadas de la Brigada Especial, o veían cruzar raudo uno de los negros coches de la policía política.

Por lo demás, la ciudad era tranquila, hermosa, aunque en muchos de los barrios aún quedaban profundas huellas de la catástrofe acaecida dos años atrás, cuando las aguas arrasaron cuanto se opuso a su paso.

No regresó al hotel hasta la noche. El recepcionista nocturno dijo:

—Estuvieron llamándole por teléfono repetidamente, señor.

—¿Quién?

—No dejaron el nombre en ninguna de las llamadas.

—Está bien, estaré en mi *suite* si alguien intenta comunicarse conmigo.

Fumó varios cigarrillos sentado en la terraza, contemplando el espléndido panorama de la ciudad iluminada y de las aguas quietas del lago reflejando la luz de la luna.

La llamada se produjo cuando ya consideraba la idea de acostarse.

Una voz bronca dijo en inglés:

—¿Ken?

—Seguro, hijo de perra.

La voz de Kramer, al otro extremo de la línea jadeó:

—¡Quiero hacer un trato contigo!

—No me digas. ¿Qué clase de trato?

—La mitad del dinero y el cargamento a cambio de tu ayuda...

—¡Qué cosas! ¿Ya no dispones de más matarifes a sueldo?

—No conozco a nadie más... y estoy en un apuro.

—No esperes que me ponga a llorar por tus dificultades.

—¡Maldita sea, Ken! Te doy la mitad del dinero y todo el cargamento... sólo por un pequeño trabajo. ¿Qué más quieres?

—Tu pellejo, Kramer. Vine por tu cabeza. ¿Lo has olvidado?

Hubo una sarta de maldiciones obscenas en el auricular. Luego, la voz alterada del traidor gruñó:

—Si no me ayudas perderás para siempre el dinero y la carga. Otros se aprovecharán de todo ello...

Ken reflexionaba a toda presión, aunque era incapaz de comprender lo que le sucedía a Kramer. Por eso preguntó:

—¿En qué clase de lío andas metido?

—No puedo hablar más por teléfono...

—Entiendo. Esperas atraerme con el cuento de hablar personalmente. ¿Crees que nací ayer?

—¡Condenación! No es ninguna trampa. Sólo tú puedes ayudarme.

—Bueno, sigue hablando. ¿De qué modo debo prestarte esa ayuda?

—¿Recuerdas la casa dónde me encontraste?

—¿*La de La Colina*?

—¿Qué pasa con ella?

—Pensé que sería el único lugar donde no me buscarías después de lo que pasó allí... así que decidí ocultarme en la casa cuando todos se marcharon. Bueno, ven... pero ten cuidado. Hay hombres

rodeando la casa ahora.

—Eso no lo entiendo. ¿Quiénes la vigilan?

—Polizontes. Tres por lo menos. Me tienen acorralado.

Estupefacto, Ken trató de adivinar dónde estaba la trampa.

—¿Y esperas que te libre de, ellos? —graznó.

—No puedo esquivarlos. Ni librarme de los tres yo solo.

—Entiendo... ¿Tienes el dinero ahí?

—Por supuesto que no. Tendrás que ayudarme a salir si quieres tu parte.

—¿Y el cargamento?

—Está a bordo de un yate... a pocas millas de la costa. Puedo dar orden de que te sea entregado donde tú quieras.

—Bueno, cuelga. Lo pensaré.

—¡No queda tiempo, Ken!

—¿Tanto miedo tienes?

—Sé cómo trabajan esos tipos en este país. No sé por qué me han cercado, pero no cabe duda que quieren cazarme... y conmigo se quedarán con todo lo demás a menos que pueda salir libre.

—Muy bien, bastardo. Tal vez tengas suerte. Voy para allá.

Oyó perfectamente el suspiro de alivio de su excamarada y colgó.

No obstante, no salió inmediatamente. Encendió otro cigarrillo y estuvo fumando en la oscuridad dándole vueltas a la multitud de ideas que danzaban en su cerebro.

Cuando finalmente decidió abandonar la *suite*, lo hizo por el mismo camino utilizado en compañía de Alma.

Después caminó a buen paso, sin atreverse a tomar un taxi por temor a lo que el taxista pudiera declarar a la policía si las cosas se complicaban.

De modo que tardó casi una hora en llegar a las inmediaciones del hermoso *bungalow* donde estuviera a punto de perder la cabeza.

Entonces adoptó algunas precauciones. Si había policías vigilando la casa, debían estar escondidos entre los árboles vecinos.

Deslizándose como una sombra en la oscuridad, llegó a los primeros troncos y se detuvo. Había unos espesos macizos de arbustos recortados un poco más allá, y unas olorosas magnolias a la derecha.

Los pies estaban debajo de los arbustos.

Unos pies calzados con botas, inmóviles, como si el hombre permaneciera de cara al suelo, muy quieto.

Sólo que ambos pies mostraban una postura absurda, de completo abandono.

Ken llegó hasta ellos y se agazapó. Tras un instante de indecisión, golpeó uno de los zapatos con su propio pie. No sucedió nada.

De un salto estuvo al otro lado del arbusto recortado.

El hombre era un agente de la temida Brigada Especial sin ninguna duda. Tenía una enorme cuchillada en la espalda y la funda de su pistola estaba vacía. También había desaparecido la metralleta con la que por lo general iban armados.

Perplejo, el aventurero permaneció unos instantes quieto, mirando el cadáver. Después, dirigió la mirada hacia la casa, en la cual no pudo distinguir ni una sola luz.

Por lo visto, Kramer se había decidido a largarse sin esperar su ayuda...

Con infinitas precauciones rodeó todo el edificio inmerso en las sombras.

Así descubrió un segundo cuerpo. Éste casi estaba decapitado porque había recibido la cuchillada en el cuello. Tampoco pudo encontrar arma alguna junto al cadáver.

Kramer había dicho que había dos o tres guardias... Era increíble que el traidor hubiera podido eliminar a todos esos vigilantes sólo con un cuchillo, aterrado como estaba.

El tercer hombre muerto apareció muy cerca de la puerta trasera del *bungalow*. También había recibido una bárbara cuchillada, y lo mismo que sus camaradas había sido desarmado.

No comprendía para qué quería Kramer cargar con tantas armas. Tres pistolas y tres metralletas pesaban lo suyo, aparte del impedimento que significaban para moverse velozmente y con soltura.

Al fin se internó en la casa y sin encender las luces la recorrió por entere, sin encontrar el menor signo de vida en ella.

De repente cayó en la cuenta de que si le sorprendían allí, con los tres policías muertos en el jardín, nadie podría salvarle. Y quizá fuera eso lo que Kramer pretendía... hacer que le detuvieran con todos aquellos cadáveres entre manos, y muertos a cuchillo... como

los rufianes que él había matado antes.

Una encerrona perfecta.

Salió precipitadamente y atravesando el jardín fue a ocultarse detrás del garaje abierto y vacío.

Si era una trampa, los hombres de la Brigada Especial no tardarían en llegar.

Esperó pacientemente, dominando sus deseos de fumar.

Una hora más tarde supo que estaba equivocado, porque nadie había aparecido aún. De modo que buscando siempre parajes sombreados, se alejó de tan peligrosa vecindad intentando comprender los designios absurdos de Kramer. Si él pudo librarse de sus tres espías con tanta facilidad, no tenía objeto alguno que le llamara tan desesperadamente.

No podía entrar en el hotel por la puerta principal puesto que nadie le había visto salir, de modo que adoptando algunas precauciones se coló por la entrada de servicio y subió en silencio las escaleras.

Abrió la puerta de la *suite* y *entró rápidamente, cerrando la puerta y permaneciendo inmóvil en la oscuridad.*

Todo era silencio. Se disponía a encender la luz cuando captó un leve aroma que le dejó helado.

Él jamás había usado perfume, y allí olía a perfume sin ninguna duda.

Un aroma sutil, suave y turbador que ningún hombre que se vistiera por los pies se atrevería a usar.

De un manotazo encendió la luz y miró en torno, paseando el cañón de la pistola en abanico.

No había nadie a la vista, pero tampoco estaba a la vista los que estuvieron a punto de matarle recién llegado. De manera que se dirigió al dormitorio pisando como un gato y abriendo la puerta encendió también la luz.

Casi se cayó de espaldas ante el espectáculo.

Sobre la cama yacía el cuerpo de una mujer, cuyo busto agudo y juvenil subía en una respiración plácida y tranquila.

Alma.

Pisando como un gato se acercó al lecho y la contempló estupefacto.

Ella dormía profundamente, en una grácil postura de total

abandono. La turbadora belleza del maravilloso cuerpo parecía acrecentarse en su confiado sueño.

Ken sonrió para sí, sosteniendo aún la pistola en la mano.

La muchacha vestía el mismo breve vestido de su primer encuentro. Pero no recordaba que la primera vez que la viera llevara perfume alguno y ahora se desprendía de ella la sensual fragancia que le había, alertado.

No podía apartar la mirada de tanta belleza. Algo le estaba sucediendo con la bellísima chiquilla que no le sucediera nunca antes, con ninguna de las muchas mujeres que se cruzaron en su vida en una u otra ocasión.

Por supuesto, ninguna de aquellas mujeres era tan joven como Alma, casi una niña; y todas ellas poseían experiencia suficiente para saber siempre a qué atenerse respecto a él.

Pero ahora era distinto.

—¿Alma? —susurró.

Ni siquiera le oyó. La muchacha debía estar rendida para dormirse tan profundamente.

Despacio, se sentó en el lecho. Inclinandose, apretó la fresca boca de la muchacha con sus labios. La sintió estremecerse bajo él, despertar y contener la respiración unos instantes. Luego, como si ese modo de volver a la vida fuese lo más natural del mundo, Alma subió los brazos enlazándole por el cuello.

Una vez más, sus labios se encendieron en una llama que amenazaba incendiar todos sus sentidos. Se apretó contra él mientras el beso se eternizaba hasta dejarles sin aliento.

Al fin la muchacha suspiró:

—Estaba tan cansada... que me quedé dormida esperándote.

—Ha sido la sorpresa más agradable de mi vida.

Y volvió a besarla, mientras la estrellaba con fuerza entre sus brazos.

—¿Y ahora qué? —susurró Alma.

—¿Por qué viniste esta vez?

—Necesitaba hablarte, pero no estabas. Decidí esperarte y... Bueno, ya lo viste. ¿Crees que ha sido todo muy fácil en mi caso?

—Condenadamente difícil. Debiera haberte amado la primera vez que entraste por la puerta.

—¿Así acostumbras a hacerlo, amar a las mujeres la primera vez

que se cruzan en tu camino?

—Confieso que hasta ahora nunca había puesto excesivo entusiasmo en ese juego del amor. Era algo que llegaba y se iba con la misma indiferencia. Contigo, todo es distinto.

—¿Ken, estás burlándote...?

—No, pequeña. Trato de comprenderlo yo mismo y no puedo.

Ella se desprendió de los brazos duros del hombre y volvió a recostarse en la cama sin dejar de mirarle a la cara.

—No pude alejarte de mis pensamientos —dijo con extremada sencillez—. Pensé en ti todo el tiempo... estaba desconcertada. Apenas te conocía. Y sigo sin conocerte. Pero te has metido en mis pensamientos y no puedo echarte fuera.

—¿Y viniste sólo para decírmelo?

—No... recibí órdenes devenir. Pero me alegré porque estaba deseándolo... deseaba comprobar si a tu lado continuaba experimentando lo mismo.

—¿Y es así?

—¿Me creerías si te dijera que no?

—No...

Ella sonrió.

—De todos modos, estoy aquí —murmuró—. Creas lo que creas de mí estás en lo cierto.

Tendió los brazos hacia Ken, sonriendo, los ojos bollándole como estrellas.

Él se dejó apresar y comentó:

—Para eso te has perfumado, mi pequeño ángel...

—¿Lo notaste?

—En cuanto entré. El perfume delató tu presencia.

Volvieron a besarse. Alma sintió que se hundía en un éxtasis increíble, en un mundo nuevo lleno de sensaciones desconocidas que le mostraban senderos vírgenes hasta entonces.

Cuando él apartó la cara la muchacha sonrió.

—Ken... quiero que me ames.

—Seguro.

—Pero antes he de decirte algo... Tenemos a Kramer.

Él dio tal respingo que casi saltó de pie.

—¿Qué infiernos?

—Estaba oculto en una casa. Los esbirros de la Brigada Especial

le vigilaban ya y...

—Y los enviasteis al infierno —jadeó Ken, estupefacto—. No comprendía quién... Pero debí suponerlo.

—Sólo sé lo que me contaron. El caso es que el hombre que buscas está en nuestras manos. Te pertenece y me enviaron a advertirte.

—¿Adónde lo llevaron, al refugio de las montañas?

—No lo sé. Manuel lo decidirá personalmente.

—La muerte de los tres policías armará un huracán de violencia y de sospechas, porque si la Brigada Especial le vigilaba sin ninguna duda lo relacionarán conmigo —dijo, sin confiar aún por completo en la muchacha.

Alma le miraba ahora llena de asombro.

—Ken... ¿Cómo sabes que mataron a los esbirros del coronel Arista que vigilaban a Kramer?

—Porque estuve allí poco después que tus camaradas. No podía explicarme quién había hecho la escabechina. Tensé que quizá Kramer había encontrado valor para hacerlo él solo, aunque me resistía a creerlo. Y ahora resulta que fue tu gente. Valiente embrollo, pequeña.

—Ahora ya lo sabes. Ya he cumplido la misión de advertirte. Kramer puede esperar, Ken.

—Uno nunca está seguro de nada con ese maldito traidor.

—No escapará de los hombres que ahora le retienen. Olvídalo hasta mañana, ¿sí?

—De acuerdo.

Sonrió, se abrazaron estrechamente y volvieron a besarse.

Estaban en el mejor de los mundos cuando la voz comentó desde la puerta del dormitorio:

—Una escena muy divertida, extranjero...

Ken dio un brinco desprendiéndose de Alma y se volvió. Su mano cayó sobre la pistola que reposaba en la mesilla de noche. Pero no la empuñó, porque en la puerta estaban el teniente Alconedo y dos agentes de la Brigada Especial apuntándole éstos con sus metralletas.

CAPÍTULO VIII

El teniente Alconedo estaba riéndose entre dientes cuando Alma se incorporó. La muchacha tenía sus hermosos cabellos revueltos, desplomándose sobre sus hombros desnudos como una cascada de ébano.

Y repentinamente, el rostro del oficial pareció congelarse.

Su risa se extinguió con una nota bronca y desagradable y Ken sorprendió el sobresalto y la ira en su rostro curtido. Luego, le vio hacer terribles esfuerzos para dominarse y adoptar de nuevo una actitud rígida e impersonal.

Asombrado, observó a Alma. La joven estaba pálida como un cadáver. Temblaba y con dedos torpes trató de ordenar un poco su revuelto vestido.

Entonces, Ken Temple gruñó:

—Por muchas ametralladoras que lleven ustedes, alguien debiera enseñarles a llamar a las puertas antes de entrar.

—Si lo hiciésemos, no podríamos sorprender escenas tan edificantes como ésta. —Gruñó el teniente Alconedo. Su voz tenía una cualidad quebradiza y extraña—. El coronel quiere verle, Temple. Por eso estamos aquí.

—Se toman muchas molestias. Le dije al gordo, que con llamarme sería suficiente.

—Tal vez pensó que usted tomaría un camino equivocado si sólo le llamaba y nos envió en su busca.

—Muy bien —Ken sentíase extremadamente inquieto por la reacción del oficial al ver a Alma. Quizá por eso dijo, volviéndose hacia la muchacha—: Lo siento, María. Nos veremos otra vez.

Ella saltó del lecho. Sus piernas temblaban. Pasó como una sombra junto al grupo de policías, con las agudas miradas de estos clavadas en su hermosa figura, y desapareció sin haber pronunciado una sola palabra.

El teniente gruñó:

—Vamos, dese prisa, Temple.

Ken se encogió de hombros. Se dirigió a la puerta y los dos policías le siguieron. Alconedo penetró en el dormitorio para apoderarse de la pistola y luego les siguió hasta el pasillo.

El conserje nocturno les siguió con la mirada cuando salieron en grupo por el amplio vestíbulo. Con toda seguridad, el hombre pensó que acababa de perder a un huésped... el cual ni siquiera había abonado la cuenta.

El coronel Arista estaba hundido en su inmenso sillón, al otro lado de la mesa. Apenas levantó la cabeza cuando entraron el teniente Alconedo y Ken Temple.

El oficial dijo:

—Aquí está, señor.

—¿Opuso resistencia, o inconvenientes?

Ken se ocupó de replicar esta vez:

—Ninguno, a pesar de que estropearon lo que pudo haber sido una excelente noche. Debiera haberles arrojado por la terraza.

Entonces levantó la cabeza.

—¿De qué está hablando?

Alconedo masculló:

—Había una mujer en su cuarto, señor.

—¿Qué mujer?

Por el rabillo del ojo, vio nublarse el rostro del teniente.

—Una cualquiera. Se llamaba María. Ambos se disponían a divertirse... ya sabe.

—Claro, claro... Supongo que no sería ninguna de nuestras conocidas, teniente. Ya me entiende usted.

—En absoluto, coronel.

—Claro, claro... Bien... déjenos solos y cierre la puerta al salir.

El teniente saludó militarmente y abandonó el despacho.

—Siéntese, Temple. —Gruñó el coronel Arista.

—¿Qué diablos le ocurre para traerme a estas horas, y de ese modo? Podía haberme llamado por teléfono y hubiera venido igual.

—Yo no estaba muy seguro de eso. Pensé que quizá había encontrado a Su amigo Kramer y obtenido por su cuenta el medio millón, de modo que ya no necesitaría obedecer mis órdenes...

—No he vuelto a saber una palabra de Kramer.

—Miente, Temple.

Sin levantar la mirada, el coronel se dedicó a encender un grueso cigarro puro, entregado por completo a esa tarea.

Ken suspiró.

—No descuidan ustedes nada, ¿no es cierto, coronel?

—Nada en absoluto.

—Ni los teléfonos de los hoteles.

—Eso menos que nada podemos descuidarlo. Usted recibió una llamada de su camarada. La lástima es que no me pasaron el informe hasta mucho tiempo después. ¿Le parece que ahora está en condiciones de hablar?

—Usted gana, coronel.

El aludido rió.

—Yo siempre gano, Temple, no lo olvide nunca.

—Está bien. Kramer me llamó. Dijo que estaba dispuesto a entregarme la mitad del dinero y el cargamento de armas si le ayudaba a salir de un apuro. Le habían rodeado en su casa y quería que le echara una mano para escapar.

—Ajá. Siga.

—Primero pensé que era una trampa para cazarme como a un incauto. Luego, decidí echar un vistazo. Por lo menos ya sabía dónde estaba el bastardo. De modo que fui allí.

—¿Y...?

—Encontré tres cadáveres y ni rastro de Kramer.

—Ahí es donde tengo mis dudas.

—Estoy diciéndole la verdad. Alguien había matado a los agentes apostados en torno al *bungalow* de Kramer. Tal vez él mismo, aunque lo dudo mucho.

—¿Por qué lo duda?

—Piense un poco...

Kramer estaba terriblemente asustado cuando habló conmigo. Y eran tres hombres armados... ¿Con metralletas?

—Sí.

—Metralletas y pistolas.

—Sí —repitió el coronel, sombrío.

—Kramer hubiera podido sorprender a uno, quizá. Pero no a tres, armado sólo con un cuchillo. Y no hubiera cargado con tres metralletas y tres pistolas que le impedirían moverse con soltura.

Arista achicó los ojos.

—Entonces, ¿qué imagina usted que sucedió?

—No tengo la menor idea...

—Vamos, vamos, no de usted más rodeos. Debe haber pensado algo al respecto.

—No le gustará oírlo.

—¡Maldito sea! Dígalo de todos modos.

—Muy bien... Todo el mundo sabe cómo odia la gente a los agentes de la Brigada Especial. Un grupo de ciudadanos sorprendió a los policías, vio la oportunidad de matarlos y lo hicieron. Después, se apoderaron de sus armas y se largaron, convencidos de haber hecho una gran cosa. Kramer advirtió lo sucedido y aprovechó para poner tierra por medio antes de mi llegada.

—Eso es lo que usted cree, ¿no es cierto?

—Estoy seguro. Fueron más de uno en el ataque.

—Un hombre sólo pudo hacerlo, si sabía moverse en la oscuridad como estoy seguro de que se mueve usted.

Ken sonrió con sarcasmo.

—No los maté yo, coronel —dijo con calma—. Le repito que fueron varios hombres. Y voy a decirle algo más... Uno de los agentes fue acuchillado por un zurdo. Los otros murieron a manos de tipos que manejaban el cuchillo con la derecha. Podrá comprobarlo cuando los médicos examinen los cuerpos.

El coronel enarcó sus pobladas cejas.

—¿Un zurdo? De modo que incluso en la oscuridad usted descubrió ese detalle...

—Le dije que soy un experto, coronel.

—Temple, lástima que no quiera trabajar para mí de modo permanente. Porque usted no aceptaría una oferta en ese sentido...

—Nunca, bajo ninguna circunstancia.

El gordo rió entre dientes.

—Bueno, cada uno tiene su trayectoria marcada... La de usted es matar a nuestro amado presidente. Lo hará dentro de dos días.

—No estoy muy seguro de que me guste ese plazo. No he tenido tiempo ni oportunidad de planear nada, y mucho menos mi ruta de escape, y eso es primordial para mí.

—Podrá hacerlo en esos dos días. Le sobraré tiempo porque le va a resultar extremadamente fácil.

—Nunca es fácil un golpe de esta clase.

—¿Conoce usted la Plaza Nacional?

—Creo que he pasado por ella una vez.

—Está junto al puerto. Hay un gran monumento al primer Soria que gobernó el país, hace ya cuarenta años. Pasado mañana al mediodía el presidente depositará una corona de flores al pie del monumento a su antepasado. Es una ceremonia anual, una de las contadísimas ocasiones en que es posible ver al presidente fuera del palacio.

—No veo que sea tan fácil como usted lo pinta. Habrá una multitud de guardaespaldas, escolta personal, tropas, policías y un gentío aplaudiendo.

—Ciertamente, ésa es la norma.

—Y todo eso junto al puerto, lo cual quiere decir que un gran perímetro de terreno es inútil para escapar.

—¿Qué terreno?

—Todo el perímetro de la plaza que da al mar.

—Entiendo. Vaya allí como un buen turista y estudie el terreno. Tiene tiempo. Elija el lugar desde el que efectuar su disparo y luego venga a verme. Le facilitaré el arma que elija.

—De acuerdo. Pero hasta ahora no veo que vaya a cumplir usted su parte del trato.

—¿Se refiere al medio millón de dólares?

—¿A qué otra cosa?

—Lo tendrá usted. O serán los dólares de Kramer, o procedentes de nuestras arcas.

—También quiero a Kramer, coronel.

—Ahí quizá surjan dificultades, ahora que ha vuelto a esfumarse, pero le garantizo que tengo a mis hombres rastreando su pista en estos momentos.

—Le creo.

—¡Dentro de dos días, Temple! Sería muy lamentable que quisiera pasarse de listo conmigo... no le resultaría.

—De eso no me cabe duda.

El coronel Arista pulsó un botón y casi al instante la puerta se abrió dando paso al teniente Alconedo.

—Lleven al señor Temple a su hotel, teniente —ordenó el voluminoso jefe de seguridad.

Los dos hombres salieron del despacho.

Una vez en el coche, Ken encendió un cigarrillo y expeliendo el humo comentó:

—Nuestro amigo el coronel es un hombre de grandes proyectos, teniente.

—Usted debe saberlo.

—¿Y usted, no?

—Yo soy un simple oficial. Nada más.

—Un oficial que tiene también sus problemas.

—¿De qué diablos de problemas está hablando?

—Alma.

El coche dio un bandazo. Alconedo recuperó el control del volante y gruñó:

—¿Quién es Alma?

—Vamos, vamos, no haga teatro conmigo. Le vi ponerse verde cuando ella se incorporó en la cama. Hice la pequeña comedia de llamarla María en obsequio de, los dos matones que le acompañaban, pero sin duda la conocía. ¿De qué, teniente?

—De nada. Sólo me encolericé al ver que una compatriota mía, tan joven y hermosa, se degradaba con un tipo como usted.

—Ni usted mismo cree una palabra de lo que está diciendo.

—¡Al diablo con usted, Temple!

Ken se dedicó a fumar placenteramente, mientras el oficial conducía velozmente el negro coche policíaco hasta detenerlo frente al hotel.

Ken Temple se apeó. Sus ojos burlones escrutaron la sombría cara del teniente. Sonrió.

—¿Qué es Alma para usted? —le espetó de pronto.

—Le repito que... ¡Oh, al diablo!

Embragó y salió zumbando.

Ken permaneció unos instantes en la acera, bajo la gigantesca marquesina, perplejo por las reacciones del oficial.

No cabía duda que se había creado un mal enemigo en las filas de la Brigada Especial, y por causa de Alma. También le sorprendía que hasta el momento ni el coronel ni nadie hubiera dicho una palabra respecto a la muchacha, a pesar de haber escuchado la primera parte de su conversación con ella gracias al micrófono oculto.

Todo resultaba desconcertante en ese complicado país.

Cuando entró en la habitación lo hizo con la esperanza de hallar de nuevo a la joven esperándole, pero la *suite estaba desierta*.

De modo que se acostó y estuvo fumando cigarrillos y reflexionando durante largo tiempo. Realmente intrigado por la conducta del coronel dejó de lado al teniente para concentrarse en su gordo superior.

Cuando comenzaba a llegar a ciertas conclusiones respecto al coronel Arista se quedó dormido.

Después de todo, fue una noche tranquila...

CAPÍTULO IX

La Plaza Nacional era amplia, exuberante de jardines alrededor y con una gran explanada en el centro, rodeando el ampuloso monumento al primer presidente Soria que tuvo el país.

Ken deambuló por ella provisto de una máquina fotográfica. Examinó el terreno paso a paso, escrutando los edificios que se alzaban alrededor.

Desde cualquiera de ellos podría efectuarse un buen disparo, pero era de presumir que durante la ceremonia estarían tomados militarmente por los esbirros del presidente.

Quizá desde uno de los apartamentos si se lograba alejar a los inquilinos. Pero eso resultaría también, muy complicado.

Se marchó y estuvo el resto de la mañana paseando y reflexionando preocupado porque el atentado no le seducía. En su fuero interno detestaba al presidente y a toda la jauría de mastines que devoraban el país sumiendo en la miseria a sus habitantes, pero en todo caso debían ser estos quienes ajustaran sus propias cuentas.

Hubiera disparado mucho más a gusto contra el coronel Arista. Cada vez que recordaba aquellas atroces fotografías que viera, sentía hervirle la sangre y la ira.

A la tarde regresó, a la plaza y paseó junto a los malecones del puerto. Mientras estaba perdiendo el tiempo vio llegar unos camiones repletos de guardias de la Brigada Especial y se detuvo.

Los agentes se desperdigaron a las órdenes de sus oficiales ocupando sus puestos en torno a la plaza y al monumento. En unos minutos aquella amplia plaza estuvo tomada militarmente.

Ken comprendió que la estrecha vigilancia del lugar ya no cesaría ni un segundo hasta después de la ceremonia en prevención de cualquier colocación de explosivos o algo por el estilo.

De modo que se largó sin llamar la atención y desde un teléfono público llamó al coronel Arista.

La voz del gordo resonó en el auricular con cierta prevención.

—Hable. —Gruñó.

—Acabo de desperdiciar algunas horas en el reconocimiento, coronel.

—No me lo cuente por teléfono. Venga aquí.

Y colgó.

—De modo que se encaminó al cubil de la fiera, rezongando entre dientes.

Arista estaba de un humor de perros.

—Síntese. ¿Qué dijo que estuvo haciendo?

—Reconociendo la plaza.

—¿Y...?

—No puede hacerse.

—Usted lo hará, Temple. No quiero desperdiciar esta ocasión.

—¡Vaya ocasión! Una ocasión para que yo pierda la cabeza... He visto a sus tropas tomando posiciones allí. Imagino que horas antes de la ceremonia también ocuparán las azoteas de los edificios de la plaza ¿no es cierto?

—Lo harán, a primera hora de la mañana.

—Bueno, dígame entonces desde dónde puede uno disparar un tiro sin ser cosido a balazos.

—Hay un apartamento vacío. De las ventanas del apartamento hasta el lugar donde estará el presidente hay una distancia de ciento cincuenta metros, poco más o menos.

—Eso pudo habérmelo dicho usted antes...

—Quería que viera el terreno por sí mismo.

—¿Y la ruta de escape? Se armará un revuelo de todos los diablos después del disparo.

—Ese mismo revuelo puede servirle para huir. No espere que le haga yo todo el trabajo, Temple. Tenía entendido que el experto era usted.

—¡Puede jurar que lo soy! Pero nada de todo este asunto me satisface.

—Tonterías.

—¡Necesito un rifle «Marlin 373» y munición para el mismo!

—Lo tendrá.

—Coronel, estuve pensando en todo esto muy a fondo. Sólo podré efectuar un disparo.

—Sí.

—No puedo fallar.

Una mueca torció las feas facciones del gordo.

—Si falla, las cosas se pondrán muy mal para usted...

—Ajá. Eso quiero decir. Y un tiro de casi doscientos metros, suponiendo que disponga de esa clase de rifle, se las trae. Exigirá un poco de preparación... y un silenciador.

El coronel casi saltó de la silla.

—¿Un silenciador? —estalló—. ¿De dónde piensa que podré sacar un silenciador para un arma tan potente?

—¡Usted es muy poderoso aquí! ¡No me cabe duda que lo conseguirá!

Los ojillos porcinos del coronel no se apartaban de su cara.

Al fin gruñó:

—De acuerdo.

—Ahora dígame cómo cobraré mi dinero después.

—Yo haré que se lo lleven al hotel. Sacarlo del país no le costará mucho.

Ken sonrió casi imperceptiblemente.

—¡Espero que cumpla también esta parte del trato, coronel...! Quiero decir, que espero recibir el dinero en mi hotel, no la visita de alguno de sus expertos con la pistola.

—Debería mandar azotarle sólo por decir eso. Largo de aquí, Temple. Por la mañana le haré llegar las señas del apartamento desocupado. Allí encontrará el rifle, munición y un silenciador.

—De acuerdo, coronel.

Se levantó. Durante un instante los dos hombres se midieron con la mirada. Ken sonrió al fin.

—Me pregunto qué siente uno cuando va a ser presidente de un país como éste... Hasta la vista, coronel.

—Si todo sale bien, usted y yo ya no volveremos a vernos.

—Esperemos que salga bien, en efecto.

Se fue sin haberse podido librar de la extraña sensación de hormigueo que le inquietaba.

Sabía que el coronel jamás jugaría limpio en un asunto de tal naturaleza. Pero con eso ya contaba de antemano. Lo que le preocupaba era adivinar qué era lo que realmente sucedería después del disparo fatal.

Si se efectuaba ese disparo, por supuesto.

Cuando abandonó el comedor del hotel después de haber cenado, se detuvo junto al recepcionista aficionado a las llamadas telefónicas y le espetó:

—Ya te queda menos, charlatán.

El hombre parpadeó. Su cara cetrina se volvió de color gris.

Ken añadió:

—La próxima vez que hables con Kramer dile que ya no soy yo sólo pisándole los talones. Le gustará saberlo.

—¡No sé nada del señor Kramer! —estalló el hombrecillo con voz casi histérica—. ¡No quiero saber nada de él... ni de usted, señor!

—En lo que a mí respecta, es algo que no podrás evitar.

Le hizo un saludo burlón y subió a la *suite pensando en la manera de que el disparo fatal que debía efectuar lo fuera sólo para quien lo merecía por méritos propios.*

Tan pronto encendió la luz y cerró la puerta advirtió una anomalía. La lámpara de sobremesa que estaba junto al teléfono estaba volcada.

No se había roto. Diríase que alguien la había volcado con cuidado, dejándola caída junto al aparato.

Rápidamente dio un vistazo por toda la *suite sin encontrar el menor rastro de visitante alguno.*

Tras esto, enderezó la lámpara.

Bajo ella había un pequeño pedazo de papel. Una letra menuda y nerviosa rezaba:

¿RECUERDAS POR DÓNDE SALISTE CONMIGO?

Eso era todo.

Frunció el ceño. No cabía duda que la nota había sido escrita por Alma, y en ella se refería a la salida de servicio.

Lo que no comprendía era la razón por la cual, si había llegado a la habitación, no le había esperado en ella.

De modo que volvió a salir y recorrió una vez más el camino posterior del hotel, hasta desembocar en el aparcamiento cubierto. Deslizándose por detrás de los coches estacionados llegó a la calle y allí se detuvo.

Tras unos instantes de vacilación, echó a andar sin prisas en dirección al paseo que discurría en suave declive hasta el mar.

No tardó en captar el rumor de unos pasos siguiéndole a distancia.

Eran pasos quedos, cautelosos, de alguien que no deseaba ser descubierto. No obstante, los bien entrenados sentidos del aventurero cazaron pronto la presencia del perseguidor.

No tenía sentido. La nota evidentemente era una llamada para que saliera por el lugar que sólo Alma sabía que habían utilizado. Ella deseaba reunirse con él.

Entonces, ¿por qué quien fuera que le seguía no establecía contacto de una vez?

Continuó caminando y de este modo llegó al paseo marítimo. Oía el chapoteo de las olas y veía sobre el agua el brillante reflejo de la luna.

No veía ni oía nada más. En todo lo que alcanzaba la vista el paseo estaba desierto. Entonces, en alguna parte, sonó un agudo quejido, un forcejeo, y luego un golpe fofo.

Se volvió, apoyado de espaldas a la balaustrada de piedra. Sus ojos de halcón escrutaron las tinieblas sin descubrir movimiento alguno.

Empezaba a inquietarse por la suerte de la muchacha cuando la vio surgir de la leve bruma como una aparición. Caminaba aprisa, sin un rumor, sobre zapatos de goma.

—Creí que te había sucedido algo —murmuró cuando ella llegó a su lado.

—A mí no. Al que te seguía.

—¿No eras tú?

—¡Oh, no! Era un esbirro de la Brigada Especial.

—¿Y...?

—Mi compañero se ha encargado de él. Vamos, sigamos paseando ahora.

—Eres una fuente de sorpresas, cariño.

Ella se colgó de su brazo y se alejaron. Tras ellos hubo un rumor y luego un fuerte chapoteo en el mar, como el de algo pesado cayendo al agua.

Algo pesado como un cuerpo humano, por ejemplo.

Ken gruñó:

—¿Nos va a seguir también tu compañero?

—Ya no. Estábamos vigilando por si alguien te seguía cuando salieses... Bueno, había uno de esos perros allí. Y dos más cerca de la puerta principal del hotel. El coronel Arista debe haber decidido algo concreto respecto a ti.

—El coronel... o el teniente Alconedo.

En el brazo notó la súbita rigidez de la muchacha. Tras un corto silencio ella susurró:

—¿Por qué el teniente?

—Le vi cómo reaccionaba al descubrirte en mi cama. ¿Qué significa para ti, o qué significas tú para él?

—Nada.

—Pequeña, no me tomes por más estúpido de lo que soy.

—¡No puedo decírtelo ahora, eso es todo!

—Muy bien, no pierdas el control por todo eso. Dime por qué dejaste aquella nota.

—¿La has destruido?

—Sí.

—Necesitaba verte cuanto antes, pero no podía aguardar en tu cuarto... con la vigilancia que tienen establecida podían sorprenderme allí... y posiblemente no saliera tan bien librada como en la otra ocasión.

—Entiendo. ¿Por qué necesitabas verme con tanta urgencia?

—Vi a Manuel Mineros... Ya no te necesita, Ken. Algo ha sucedido que le hace desconfiar de ti. Además, dijo que... Bueno, te lo diré con sus mismas palabras... Dijo que no necesitaba despilfarrar el dinero de la revolución para pagar a ningún perro rabioso...

—Muy amable, sí señor.

—¡Oh, Ken, debes creerme! No sé qué sucede... pero algo muy grave se cierne sobre ti. Del modo como habló Manuel es como... como si supiera algo terrible de ti, algo sucio y canallesco...

—Tal vez sea cierto.

—Yo no puedo creer nada tan bajo de ti.

—Porque tú eres una chiquilla con la cabeza a pájaros, demasiado hermosa para quemar su vida en una lucha que de por sí es sucia, vil, cobarde y nauseabunda. Pero métete en la cabeza que no soy un tipo como para ponerlo en un escaparate.

Ella se detuvo. Durante unos instantes se miraron fijamente.

La voz de la muchacha temblaba cuando susurró:

—¿Eres capaz de ser absolutamente sincero conmigo?

—Depende de lo que quieras saber.

—Tus entrevistas con el coronel Arista. ¿Te has vendido a él?

—¿Eso es lo que piensa Mineros?

—¡No sé lo que piensa Manuel! —estalló Alma—. Soy yo quien necesita saber a qué atenerse...

—Si lo que te inquieta es la duda de si he traicionado tu confianza, de si he delatado la entrevista que mantuve con tu gente en la selva, puedo jurarte sobre una montaña de biblias que no he dicho una palabra a nadie al respecto.

Ella suspiró.

—Entonces lo de Manuel deben ser sospechas.

—Quizá no.

—¡Ken, por favor!

—¿Qué hay de Kramer?

—No sé... lo mantienen cautivo, desde luego. Con él en su poder, Manuel estaba seguro de que tú decidirías antes...

—Sí, ya sé. Pero quizá Kramer le ha alegrado los oídos y ha decidido aliarse con él y mandarme a mí al infierno.

—¿Por qué habría de hacerlo? Kramer es su prisionero.

—Y una rata cobarde y traicionera... y muy fisto, además. Él tenía bastante que ofrecer a Manuel Mineros, para ganar su libertad. Una oferta verdaderamente tentadora.

—Ahora no te comprendo.

—No importa.

Siguieron caminando a lo largo del malecón. La bruma era cada vez más espesa y comunicaba su humedad al calor que aún imperaba a pesar de la hora.

De pronto, ella susurró:

—Ken. ¿Qué sientes realmente por mí?

—Ésta es una buena pregunta.

—¿Tienes una buena respuesta?

—No. Ni yo mismo sé lo que me produces. Ternura, admiración, deseo... No lo sé.

—Pero no sientes amor, no me quieres.

—No creo que ni tú misma sepas definir qué es el amor. Sé que

me has producido una impresión como jamás ninguna otra mujer logró despertar en mí. Si eso es amor, entonces estoy enamorado. Si el amor es pensar en una mujer con insistencia y ternura, entonces también tengo razones para creer que estoy enamorado de ti... ¡Diablos! ¿Cómo quieres que sepa sin más ni más si te quiero?

—Yo sí lo sé. Y sin ninguna duda.

—¿Qué?

Ella le miró. Se habían detenido.

Ken gruñó:

—Eso debiera haberlo dicho yo...

La tomó en brazos y casi elevándola del suelo la besó largamente en los labios.

Cuando la soltó dijo volviendo a la realidad:

—Pero eso no nos conduce a nada práctico. ¿Por qué me lo has preguntado sin más ni más, como si tuvieras prisa por saberlo?

—Porque tengo verdadera prisa, Ken.

—¿Por qué?

—No lo sé... Para confiar ciegamente en ti quizá.

—Ya veo.

Ella le apresó la cara entre sus manos y durante un largo tiempo estuvo muy cerca del hombre buceando en sus pupilas aceras.

—Cuando te vayas del país, Ken...

—¿Sí?

—¿Serías capaz de llevarme contigo?

—Ni siquiera sé si podré salir de este manicomio.

—Respóndeme.

—Muy bien, si quieres vivir una vida absurda, sin ninguna seguridad en el futuro, te llevaré conmigo. Posiblemente no consigas jamás un verdadero hogar como sueñan todas las mujeres, pero tendrás también una vida más excitante que ninguna otra mujer. ¿Es eso lo que quieres?

—A tu lado, sí.

—Entonces, vendrás conmigo... si logro escabullirme de este país.

—Eso quería oírte decir.

Alma le rodeó el cuello con sus brazos y estuvieron unidos mucho tiempo, besándose con todo el amor, con todo el fuego de la juventud desbordado en el huracán de sensaciones que ambos

experimentaban.

Cuando ella apartó los labios al fin, susurró:

—Están preparando algo importante, Ken.

—¿De qué estás hablando?

—De Manuel y su gente.

—¡Al infierno con todos ellos! Estábamos hablando de otra cosa.

—Quería estar segura de ti para decírtelo... Han bajado de las montañas más de cien hombres, Ken.

—¿Y qué?

—No lo sé... pero ahora tengo miedo. Por ti, por mí, por nuestro amor y nuestro futuro. Él se echó atrás, recostándose en el malecón.

—Intentarán algo pasado mañana, cuando el presidente deposite la corona de flores en el monumento a su antepasado. Sin ninguna duda para eso han abandonado sus refugios de las selvas. Y pensándolo bien no deja de ser algo chocante.

—¿Por qué?

Él suspiró.

—Yo debo matar al presidente pasado mañana por la mañana, pequeña.

Ella dio un salto y casi frenética le echó los brazos al cuello.

—¡No, Ken, tú no! Manuel dijo...

—Ya sé lo que dijo ese guerrillero de opereta —la interrumpió—. Pero yo no me refería a los planes de tu amigo. Fue el coronel Arista quien me dio el ultimátum. O matar al presidente o morir yo a manos de sus verdugos... y probablemente convertido en carne picada.

Ahora, Alma contuvo el aliento y se quedó inmóvil, mirándole con ojos desorbitados:

—¡Arista! —jadeó.

—Ajá.

—¡Para convertirse él en presidente!

—Sin la menor duda.

—¡Pero sería mucho peor aún, mucho más terrible...! Arista es un sádico desequilibrado.

—No creo que se lleven mucha diferencia él y vuestro actual gobernante. Pero ésta no es la cuestión.

—Creo que entiendo lo que quieres decir.

—¿Aún insistes en huir conmigo, pase lo que pase?

—Ahora más que nunca, Ken...

—Perfecto.

—Pero el coronel no te permitirá escapar si no cometes el atentado... y eso es lo que estás pensando, ¿no es cierto? No matar al presidente.

—Mira, métete en tu linda cabecita que para mi importa poco matar o no a ese individuo. Él está matando poco a poco a todos los miserables que lo perdieron todo en las inundaciones. Pero la cuestión es otra: Salvar el pellejo, porque el coronel jamás me dejará escapar vivo después de liquidar al presidente. Arista puede ser un sádico, un bastardo medio loco que disfruta con el dolor ajeno y la tortura de sus semejantes, pero de lo que no me cabe duda es de que no se trata de ningún tonto.

—Claro... no puede correr el riesgo de que algún día hables más de la cuenta y todo el mundo sepa que él obtuvo la presidencia por medio de... de...

—De un asesino profesional, pagado con dinero del propio gobierno. Claro que no se arriesgará a nada semejante. Yo debo ser enterrado también. No hay mejor testigo en un caso como este que el testigo muerto.

—Entonces, Ken, ¿qué puedes hacer?

—Preparar mi ruta de escape. El dinero abre todas las puertas... y en este caso deben ser puertas anchas, para que pasemos tú y yo.

—Pero, pero...

—Deja los quebraderos de cabeza para tu papaíto, ¿sí? Te dije que tendrías una vida excitante y por el diablo que la vas a tener.

Para evitar que siguiera haciendo preguntas le selló los labios con su boca. Después, siguió amordazándola del mismo modo, aunque para entonces ya no había ningún motivo determinado, como no fuera su propio deseo o su increíble placer.

Todo el día siguiente pasó en una tensa espera. En la ciudad se notaban los preparativos del acontecimiento político que significaba la presencia en público del presidente. Las gentes andaban apresuradas, mirando de soslayo la inmensa cantidad de soldados, policías y agentes de la Brigada Especial que patrullaban en todas las esquinas.

Pasaban camiones repletos de tropas que tomaban ya posiciones a todo lo largo del itinerario que habría de recorrer el mandatario

dictatorial y despótico.

Desde el hotel, asomado a la terraza, Ken podía ver todo el ajetreo desde un lugar privilegiado.

Y esperar.

Esperar en las últimas horas que le quedaban para atar los cabos de los que dependería no sólo su propia vida, sino la de Alma.

Cuando sonó el teléfono y por el aparato oyó la voz Inconfundible del coronel Arista, apenas si se sorprendió.

El coronel solo dijo:

—Venga a mi despacho.

Eso fue todo.

Ken salió y tomando un taxi recorrió las calles en las que ya ondeaban millares de banderas y colgaduras. En contraste con el ambiente festivo que se trataba de promover, la mayoría de la gente mostraba en sus caras una expresión resentida, sombría.

Quedaban, en todas partes ruinosos testigos de la catástrofe acaecida dos años atrás y que nadie se había preocupado de reconstruir, y esas ruinas eran las mismas que aún subsistían en las vidas de quienes más sufrieron el cataclismo. Para esas gentes, la presencia en público del hombre que se había enriquecido todavía más con su desgracia no podía significar ninguna fiesta.

Encontró al coronel vestido con su uniforme completo, el pecho cubierto de llamativas condecoraciones, un gran pistolón al cinto y el rostro lleno de sudor.

—He de entrevistarme con el presidente dentro de una hora. —Gruñó de mal talante—. Todo está preparado, Temple. El apartamento es el número veintidós, de la tercera planta. Desde sus ventanas se domina una panorámica completa de la plaza y del monumento.

—¿El rifle?

—Allí está, en un armario. Conseguí un silenciador, pero no veo para qué diablos lo necesita. Tan pronto caiga el presidente se armará tal revuelo que nadie será capaz de adivinar de dónde partió el disparo.

—Prefiero hacerlo a mi modo, coronel. En cuanto al dinero, espero que no haya ninguna dificultad en cobrarlo.

—Lo tendrá en su hotel un par de horas después del atentado.

—Muy bien.

Por unos instantes, los dos hombres se miraron fijamente. Ken esbozó una sonrisa.

El coronel sonrió. Una sonrisa tensa que evidenciaba la tensión interior que soportaba. Dijo:

—Buena suerte, Temple. Todo depende de usted. Incluso el hecho de seguir viviendo... porque si falla no vivirá.

—Sí, ya sé...

—Váyase ahora. Usted y yo ya no volveremos a vernos nunca.

—Eso espero.

Giró sobre los talones y salió.

Cuando llegó al amplio patio se detuvo para encender un cigarrillo. También allí reinaba una actividad febril.

Se disponía a abandonar definitivamente el recinto cuando el teniente Alconedo apareció de pronto y gruñó:

—Venga, le, llevaré al hotel.

—¿Voluntariamente? Porque el coronel no se lo ha ordenado esta vez.

—Me pillas de paso... Suba.

Se acomodó a su lado en el coche negro y el vehículo partió.

Durante los primeros minutos el oficial no despegó los labios.

Después, de pronto, dijo:

—Va a meter la cabeza en un nudo corredizo, Temple.

—¿De qué está hablando?

—De lo que el coronel le ha ordenado. Es una trampa.

—¡No me diga!

—Deje de hacer el tonto. Estoy haciendo esto contra mi voluntad... Hay un asesino preparado para matarle después que usted haya cumplido su parte. Está en el apartamento vecino al que ocupará usted... y no saldrá de allí hasta el instante preciso en que le maté. Todo ha sido organizado hasta el más mínimo detalle.

—Teniente, me deja usted helado. ¿Por qué diablos viene a contármelo, traicionando a su propio jefe?

—¡Maldito sea usted, se lo voy a decir! —estalló el oficial, rabioso.

Detuvo el coche junto a la acera y paró el motor, volviéndose en el asiento para enfrentar al mercenario.

—Lo que acabo de hacer no significa ninguna traición al coronel Arista porque yo no le pertenezco... Yo estoy en cuerpo y alma en

el bando contrario, aunque sirvo a mi causa con este uniforme maldito...

—Ya veo. Ahora comprendo por qué los guerrilleros están tan bien informados.

—Así es.

—Pero eso no me aclara por qué pretende salvarme la vida. Usted y yo no hemos simpatizado nunca.

—¡Maldito sea, no lo hago por usted! —Ahogó una sarta de juramentos y de repente añadió—: Alma es mi hermana.

Esta vez, Ken casi saltó hasta el techo.

—Comprendo —murmuró, estupefacto—. Ella le ha pedido que me ayude o algo así.

—No se ha atrevido a tanto. Pero es por ella que deseo que usted se largue. Llévase la. Es usted un bastardo capaz de vender su alma por dinero, pero no se me ocurre otra solución para que ella abandone el país, y quiero que se vaya... porque no tardará en ser detenida y torturada.

—Ahora me explico muchas cosas respecto a usted y Alma...

—¿La sacará del país?

—La llevaré conmigo —aseguró Ken—. Lo que no es seguro es que logremos escapar. Hay vigilancia hasta en los lavabos del hotel. Mucha más en el puerto.

—¿Pretende huir por mar?

—No haga preguntas tontas. Es sólo una posibilidad tan buena como otra cualquiera. Soy un buen navegante, ¿sabe usted?

—Imagino que es usted experto en muchas asignaturas. Un hombre capaz de luchar sólo por dinero debe especializarse y... Muy bien, lo siento, usted no me cae bien, pero significa la libertad de mi hermana. Eso es todo.

Volvió a poner el coche en movimiento y ya no despegó los labios hasta llegar al hotel.

—Buena suerte, Temple —murmuró—. No le pregunto si cometerá usted el crimen o no... En realidad, no me importa, excepto en lo que atañe a Alma. Pero de cualquier modo, guárdese del matarife que va a asesinarle si se descuida.

—Yo sabía que sucedería algo así. Arista no podía dejarme vivo después del atentado. Me faltaba saber cómo pensaba hacerlo.

—Es así de sencillo. Una vez muerto usted, pregonará a los

cuatro vientos que el asesino del presidente era un mercenario extranjero y que ha caído abatido por las balas de uno de sus agentes. Así no habrá posteriores investigaciones ni sospechas que pudieran molestarle. Y él se erigirá presidente porque tiene en sus manos el control de la Brigada Especial, la mejor y más poderosa fuerza del país.

—Bueno, quizá surjan algunas sorpresas.

Impulsivamente, Ken tendió la mano y el oficial se la estrechó con mal reprimida emoción.

Con voz ronca murmuró:

—Cuide de mi hermana, Temple. Ella es... es casi una niña.

—Algún día volveremos a vernos usted y yo y podrá comprobar cómo me he ocupado de ella. Suerte usted también. Las cosas van a ponerse muy feas en los próximos días.

—Lo sé.

Ken abrió la portezuela y se apeó. Luego, vio alejarse el coche y entró en el hotel aún bajo los efectos de la sorpresa que la revelación del oficial le había producido.

Se duchó gozando del agua fría largo rato. Luego vistióse con su acostumbrada camisa suelta. Se embolsó todos los documentos y el dinero de que disponía, y se disponía a salir cuando alguien llamó a la puerta con los nudillos.

Abrió y se encontró ante un camarero del hotel. El hombre hizo un rápido gesto reclamando silencio y le tendió un pesado paquete cuadrado, dio media vuelta y se alejó sin haber pronunciado una palabra, seguramente por temor a la existencia de micrófonos indiscretos.

Ken cerró la puerta y examinó el paquete.

En una esquina, escrito con un grueso rotulador, alguien había trazado una A mayúscula.

Rasgó el papel y abrió la caja de cartón.

Apareció una pistola «Luger» y un cilindro redondo tan largo como el cañón del arma. Sonrió. Alma había conseguido lo que le pidiera.

Probó el silenciador en el cañón, asegurándose de su perfecto acoplamiento. Luego comprobó la carga de nueve cartuchos. Volvió a quitar el silenciador, que guardó en un bolsillo. La pistola la sujetó en el tinturen, bajo el vuelo de la camisa.

Hizo un paquete con el envoltorio, después de destruir la caja de cartón y salió.

Tiró el envoltorio en una papelería y anduvo sosteniendo en la mano una cámara fotográfica, metido en su papel de turista adinerado.

La Plaza Nacional estaba prácticamente tomada por las fuerzas de seguridad. Hubo de mostrar su pasaporte para deambular por ella sacando fotografías del monumento.

Luego, cuando estuvo seguro de que ya nadie le prestaba atención, se introdujo en la casa indicada por el coronel.

La puerta del apartamento cedió bajo su mano. No había llave en la cerradura y comprobó que era imposible asegurarla por dentro.

Sonrió para sí. Arista no descuidaba ningún detalle. Quería estar seguro de que su asesino podría entrar en el momento debido.

Primero se acercó a las ventanas. Realmente, se dominaba un gran espacio de terreno y nada se interponía entre él, y el monumento sobre el que ondeaban banderas y gallardetes.

Retrocedió y corrió las cortinas. Encendió un cigarrillo y recorrió pausadamente todas las piezas del piso.

Estaba bien amueblado, aunque había evidentes señales de no haber sido ocupado en un largo período de tiempo.

Al fin se dedicó al rifle que estaba en el armario.

Era un arma soberbia, con mira telescópica, cerrojo de precisión y un alza infalible. Lo sostuvo unos instantes comprobando su perfecto equilibrio. Después, examinó el silenciador.

No había visto nunca uno de ese modelo, pero no cabía ninguna duda de su efectividad. Era sólido, perfecto, pavonado y aún conservaba una ligera capa de la grasa original de salida de fábrica.

Las municiones, cinco grandes cartuchos con balas blindadas, estaban también en perfectas condiciones. No obstante, lo llevó todo a la sala delantera y poniéndose cómodo procedió a desmontar el arma pieza por pieza.

Meticulosamente las revisó una a una, frotándolas suavemente con un trapo, incluidos los cartuchos. Luego volvió a montar la poderosa máquina de muerte hasta considerarse satisfecho con ella.

Enroscó el silenciador, aunque no introdujo ningún cartucho.

Encendió otro cigarrillo y estuvo reflexionando, inmóvil de cara

a la ventana.

Después, cuando ya casi anochecía, trasladó una mesa hasta el ventanal. Sobre la mesa colocó una manta doblada, y sobre ella un almohadón.

Apoyó después el rifle sobre el almohadón y sentándose en una silla miró a través del visor telescópico.

Tras ajustarlo, apareció clarísimamente a pesar de la poca luz la cabeza de la estatua del primer presidente Soria.

Bajó suavemente la mira y comprobó las distancias, apuntando ahora a la base del monumento. Realizó nuevos ajustes hasta que oscureció por completo.

Entonces se echó, atrás y secándose el sudor de la frente se apartó del ventanal y fue a fumar otro cigarrillo en el interior, donde siguió reflexionando, calculando... maldiciendo en voz baja.

Después, apalancó una silla en la puerta y se acostó.

Era la última noche de paz.

La plaza era un hervidero de gentes endomingadas. Se oía un sordo rumor, como de colmena en ebullición, pero desde su observatorio, Ken podía advertir la falta de espontaneidad en todo aquel gentío conducido allí como un rebaño.

A todo alrededor del gran espacio ajardinado un espeso cordón de tropas elegidas montaban una guardia férrea, implacable, que con una sola orden no vacilarían en aplastar a hombres y mujeres indefensos.

Instintivamente, el mercenario acarició el formidable rifle. No estaba muy seguro todavía de cuál debía ser su decisión. Quedaban tantas cosas en el aire que en otras circunstancias ya hubiera estado a mil millas de distancia de esa ratonera.

Pero ahora estaba Alma por en medio.

De pronto oyó romper a tocar la banda militar y un estremecimiento recorrió a la multitud.

Ken se levantó, introdujo los cinco cartuchos en la caja del rifle, accionó el cerrojo y una de las pesadas balas se deslizó a la recámara. Tenía la mira cuidadosamente fijada en la distancia debida. Había pasado horas preparando ese único disparo que tal vez cambiase el curso de la historia de ese hermoso país atormentado por la vesania de un puñado de hombres rapaces como buitres...

Atisbó por la abierta ventana. Los motoristas de la escolta evolucionaban en el amplio paseo central rumbo al monumento; Un gran «Cadillac» negro, blindado, maniobró hasta estacionarse cerca de donde esperaban todos los miembros del gobierno, diplomáticos, y grandes latifundistas que habían acudido también a rendir pleitesía al hombre que salvaguardaba sus fortunas y privilegios.

Los agudos ojos del mercenario se clavaron en aquel grupo. Vio abrirse las portezuelas del coche y apearse dos oficiales de alta graduación.

Después, apareció el presidente. Alto, robusto, casi gordo, se apeó y ceremoniosamente empezó a, estrechar las manos de los ministros.

Ken apoyó el rifle en la almohada, sobre la mesa. Sólo se oía la música marcial que parecía flotar por encima de las cabezas de la multitud.

Cuidadosamente, el mercenario apuntó el rifle, mirando a través del visor telescópico. Apareció en el centro de la cruz de mira la cabeza del presidente. Así pudo verle el rostro. Era un hombre grande en todos los aspectos, incluso de cabeza. Su cara era abotargada, rojiza, grasienta.

Después bajó un poco el cañón. Un disparo solo no podía dirigirse nunca a la cabeza, demasiado arriesgado. Y una bala de ese rifle igual dejaría seco a un hombre disparándole al pecho o la espalda.

Ken sentía correrle el sudor por todo el cuerpo. Un sudor frío, viscoso, que atenazaba sus nervios.

Se irguió con un suspiro sin mover el rifle.

La panorámica de la plaza era impresionante.

Vio a dos oficiales acercarse al presidente portando una gran corona de flores. El presidente se colocó detrás de ellos y caminó pausadamente en dirección al monumento.

Ken Temple masculló un juramento, tomó el rifle y varió la puntería. Introdujo el dedo en el guardamonte apoyándolo suavemente en el gatillo.

Ahora tenía ante él en la mira telescópica un pecho amplio, cuajado de condecoraciones de todos los colores.

Empezaba a tensar el dedo y contener la respiración para efectuar el disparo fatal, cuando en la plaza, por encima de la

música, sonó el bronco estampido de un rifle.

Ken dio un salto. Aún vio volar algunas de las flores de la corona, por encima de la cabeza del presidente que estaba arrojándose al suelo de cabeza mientras se desencadenaba una frenética confusión.

Ken ya no perdió tiempo apoyando el rifle. Se lo echó a la cara, apuntó y disparó completamente seguro ahora de lo que debía hacer.

El enorme rifle apenas produjo un sordo *plop* al disparar. Por el visor pudo ver cómo la profusión de condecoraciones daba un salto y luego el coronel Arista abrió los brazos, trastabilló y acabó desplomándose en medio de la barahúnda que se había desencadenado.

El rifle sin silenciador volvió a retumbar. Al mismo tiempo, alrededor de la plaza estallaron algunas granadas de mano.

Ken se volvió como un rayo hacia la puerta del apartamento, desentendiéndose de lo que sucedía allá abajo.

Vio cómo el tirador giraba en silencio, suavemente. La puerta empezó a girar despacio, y después un hombre de expresión torva apareció empuñando una pistola ametralladora.

Ken dijo:

—Has tenido una larga espera, compañero.

Y disparó.

La enorme bala del rifle casi levantó al hombre del suelo, tirándole contra la pared del otro lado del pasillo, donde se estrelló con sordo impacto. De un salto, el mercenario estuvo a su lado y lo arrastró al interior del apartamento. Volvió a salir para recoger la pequeña metralleta del asesino y cerró la puerta.

Apenas dirigió una mirada el hombre en cuyo pecho había un boquete por el que habría pasado un puño.

Volvió a la ventana. La plaza era un caos, con los soldados golpeando a la multitud para impedir que se echara hacia adelante, allí donde los motoristas de la escolta rodeaban codo con codo el coche donde se había refugiado el presidente.

Las gentes corrían locamente en todas direcciones. Empezaron a sonar disparos esporádicos. Después, un par de metralletas tabletearon en las calles colindantes. Los guerrilleros bajados de las montañas sin duda.

Ken los maldijo en voz alta por provocar aquel cataclismo con la multitud de seres indefensos oscilando de un lado a otro, atropellándose, provocando el histerismo de los guardias que golpeaban como si se hubieran vuelto locos.

Un grupo de ellos al mando de un oficial surgieron de pronto de una casa arrastrando a un hombre a puntapiés. Estupefacto, Ken reconoció a Buck Kramer. Uno de los guardias llevaba un rifle provisto de mira telescópica, seguramente el mismo utilizado por Kramer para su disparo fallido contra el presidente.

Comprendió muchas cosas. Comprendió por qué los guerrilleros habían prescindido de él para el atentado. Kramer se les había ofrecido gratuitamente para librarse... tal vez entregándoles también el cargamento de armas como parte del precio para su libertad.

Cuando volvió a mirar hacia el monumento, ya no estaba allí el gran «Cadillac» negro ni los motoristas. La corona de flores yacía hecha pedazos, pisoteada y ultrajada por millares de pies frenéticos.

Cerca de la corona, un grupo de agentes de la Brigada Especial rodeaban el grisiento cadáver del coronel Arista. Ahora, en su enorme pecho, había una condecoración más: Una condecoración roja de sangre...

Los disparos eran cada vez más nutridos, pero se alejaban de la plaza a medida que las tropas empujaban a los desesperados guerrilleros más y más hacia los suburbios.

Ken siguió esperando cerca de la ventana, fumando nerviosamente. La plaza estaba quedando desierta, los gritos cesaban y una ambulancia se llevaba los restos del que fuera todopoderoso amo de la Brigada Especial.

Aún aguardó, cada vez más calmado.

Luego, cuando los últimos policías se fueron también hacia el cada vez más lejano escenario del combate, salió y pegado a las casas se dirigió al muelle de pescadores, distante casi media milla de la plaza.

Todo ese lado de la ciudad estaba calmado y desierto. La actividad se desarrollaba hacia los barrios interiores, adonde se dirigían los guerrilleros, seguramente tratando de atrincherarse en los lugares donde la población les apoyaría.

Las barcas de pesca se mecían suavemente. Apenas si vio a un

par de inquietos pescadores hablando en voz baja.

Más allá, una gran motora pintada de azul se balanceaba aislada de las demás. Ken se dirigió hacia ella, saltó a cubierta y en dos saltos estuvo en la cabina.

Alma le recibió pálida como un sudario, estrechándole entre sus brazos desesperadamente.

—¡Ken! —Sollozó—. Pensé que no vendrías... que te había sucedido algo terrible...

—Estoy bien.

Sus bocas se unieron durante largo tiempo, aislados del mundo, del combate, de la muerte que se abatía sobre tantos seres inocentes en aquellos mismos momentos.

—¿Has tenido alguna dificultad, pequeña?

—Ninguna. La llave está en el contacto y los depósitos de gasolina llenos a rebosar.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Salió a cubierta después de encender los motores gemelos de la embarcación, soltó la amarra y condujo a creciente velocidad hacia mar abierto.

La motora se elevó de proa al adquirir velocidad. Después, voló materialmente sobre las olas alejándose como un rayo de la atormentada tierra que dejaban atrás.

—Un viaje de treinta millas y estaremos a salvo —dijo Ken, apretando a la muchacha por la cintura—. De ahora en adelante, no te faltarán emociones, cariño...

—Junto a ti no puedo desear nada más atrayente.

—¿Sabes una cosa, ángel? Acabo de hacer el peor negocio de mi vida... Un trabajo de experto sin cobrar un centavo. Y he perdido también el dinero de Kramer que es por lo que vine a este manicomio. Aunque, si uno se detiene a pensarlo, Kramer ha perdido mucho más que yo...

Volvió a besarla, fijó el timón y abrazándola estrechamente hombre y mujer se entregaron al frenesí del amor olvidado ya el infierno del que habían escapado.

Para ellos ya no quedaba más que el ancho mar, el sol que ardía encima de sus cabezas, y la pasión que en el futuro sería su norte y su guía...

La veloz motora surcaba las aguas como un grácil delfín.

Era como si la guiara el amor.
Ni más ni menos.

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

